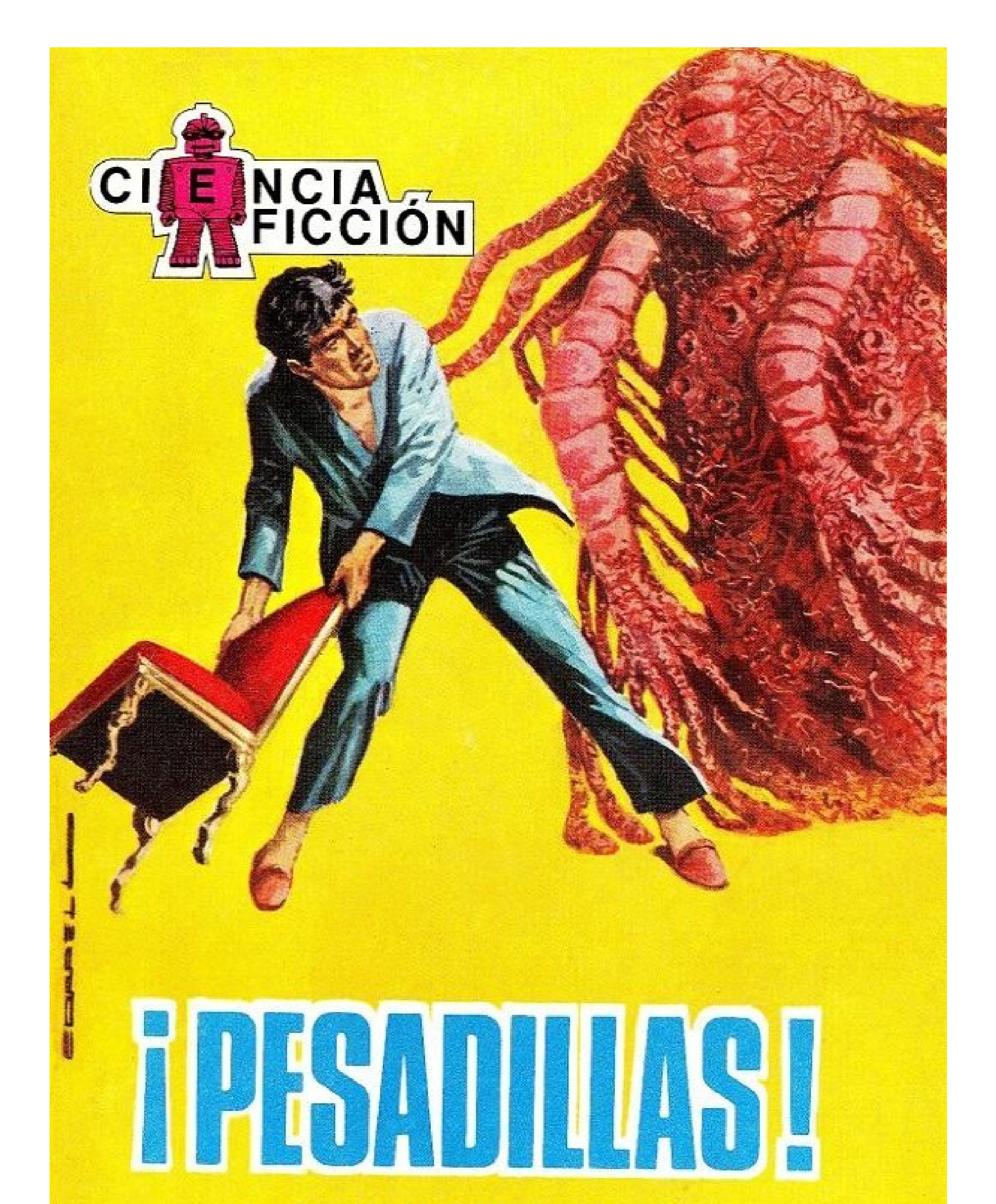


¡PESADILLAS!

PHIL WEABER

PHIL WEABER

¡PESADILLAS!

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151 Buenos Aires

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

COMO miembro de honor de la Organización Científica, Cultural y Educativa de las Naciones Unidas (UNESCO), el arqueólogo holandés Hugo van Hoorn fue requerido urgentemente para trasladarse a Nueva York a fin de tomar parte en una conferencia de científicos.

El telegrama fue tajante, seco y poco explícito: «Se le ruega acuda, sin excusa alguna, a la Sesión Extraordinaria que se celebrará mañana en la Sede de la Organización».

La fecha era 20 de agosto de 1993. Estaba expedido en Nueva York.

Una hora después, desde el aeropuerto intercontinental de Ámsterdam, le comunicaban por visófono que tenía reservado un pasaje en el vuelo transoceánico de las nueve treinta del día 21.

Hugo van Hoorn apenas tuvo tiempo de preparar su equipaje, efectuar algunas llamadas, cancelando conferencias y otros asuntos, así como despedirse de sus padres por teléfono ordinario, porque estaban veraneando en el sur de Italia.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, un helicotaxi dejaba a Hugo en la plataforma de acceso del aeropuerto. Llevaba su maletín, con la ropa que podía necesitar, y una cartera con varios documentos importantes que pensaba estudiar durante el breve vuelo hasta Nueva York.

Al pasar ante una máquina expendedora de periódicos, un rótulo luminoso fijo, cuando normalmente, en dichas máquinas los titulares estaban en continuo movimiento, accionados por las agencias informativas, llamó su atención.

«¡Amenaza espacial! ¡Un asteroide se aproxima a la órbita terrestre!»

Hugo adquirió un ejemplar del periódico del día y lo hojeó rápidamente, buscando la relación que pudiera tener la noticia con su urgente llamada a la sede de la Unesco.

Efectivamente, diferentes observatorios astronómicos del globo comunicaban la presencia de un asteroide en el espacio próximo a la órbita terrestre. Se temían inmediatas perturbaciones meteorológicas, alteraciones en las mareas, seísmos y, posiblemente, una gran catástrofe.

Seguía luego una serie de entrevistas con personajes destacados de la astronomía y la astronáutica, con opiniones muy particulares de cada uno acerca del modo de conjurar el peligro que suponía la presencia de aquel asteroide tan próximo a nuestro planeta.

Hugo estuvo absorto más de un cuarto de hora, leyendo aquellas alarmantes noticias. Y, de pronto, los altavoces anunciaron la inmediata salida del vuelo «6-G-23», con destino a Nueva York.

—Todos los pasajeros se servirán pasar por el Acceso Cuatro.

Este ruego fue repetido en distintos idiomas, durante los próximos minutos. Hugo tomó su cartera, dobló el periódico y se dirigió hacia donde le habían ordenado.

Entonces, su atención se vio captada por una figura femenina, estilizada y llamativa, de cabellos cortos y rubios, que caminaba aprisa, delante de él, llevando una maletita octagonal, roja, en la mano.

La joven vestía de un modo extravagante, un conjunto verde claro, acuchillado, como si necesitase ventilación aquel cuerpo bien proporcionado, y mostraba buena parte de su piel morena. Sus piernas eran largas, ágiles, sugestivas… Y su rostro, una tentación.

Normalmente, Hugo no solía fijarse en las mujeres. Era un hombre serio, reposado y dedicado a sus estudios. Pese a sus veintisiete años, era soltero y no había tenido relaciones jamás. Su única novia era la arqueología, en la que había destacado por sus hallazgos paleontológicos y prehistóricos, como el realizado en las cuevas de Swahili, en Jordania, descubriendo restos arqueológicos del pleistoceno, como había demostrado ampliamente.

Aquella joven, sin embargo, era interesante. Y logró apartar de la mente de Hugo la noticia de la prensa, para sonreír al verla

moverse con una gracia exquisita.

Vio que ella también se dirigía al Acceso Cuatro. Era evidente que iba a tomar el mismo avión que él. Así fue. Junto con otros pasajeros, subieron a la pista rodante que les condujo hasta el lugar donde estaba el «Súper-Concord-12», con capacidad para quinientos pasajeros.

Una gran masa de gente confluía hacia el aparato, procedente del Acceso Cuatro, que era un sistema modernísimo de clasificación de pasajeros, por medio de pistas rodantes, y que permitía embarcar a todos en pocos minutos. Solo era necesario saber qué asiento le había correspondido, para dirigirse a la escalerilla adecuada.

Hugo van Hoorn había volado muchas veces a Nueva York, por razón de su cargo en la UNESCO, y conocía el sistema. La joven que le precedía, llamando poderosamente la atención, también parecía conocer el camino.

Subió al aparato por la escalerilla mecánica y fue a sentarse, sin ayuda de nadie… ¡en el asiento, junto a la ventanilla, que correspondía a Hugo!

Este vaciló, consultó su billete y se inclinó hacia la joven,

—Perdón, señorita. Se ha equivocado usted. Este asiento es el mío.

Ella se volvió y sonrió.

—Sí, lo sé. El mío es este, junto al pasillo. Pero, puesto que hemos de viajar juntos, espero de la caballerosidad del ilustre profesor Van Hoorn que me permita utilizar la ventanilla.

—¡Oh, perdón! ¿Me conoce usted?

La mujer le miró con interés.

—No sea usted modesto, profesor. ¿Puede haber alguien, medianamente culto, que no le conozca? Además, yo también pertenezco a la UNESCO.

Hugo sonrió, sentándose junto a ella, aunque visiblemente azorado.

—Es un placer… Pero no la había visto antes de ahora.

—Soy Eva Wulf, de la Comisión Biológica —contestó ella, con desparpajo—. En realidad, ocupo el cargo por fallecimiento de mi padre, el profesor Hermann Wulf.

—¡Ah, ya; le recuerdo! —Hugo sonrió más ampliamente—. Me complace mucho haberla conocido, señorita Wulf.

—Le he visto en el vestíbulo, leyendo el periódico. Mi primera intención fue saludarle allí, puesto que íbamos a viajar juntos. Pero… No me atreví.

—Hizo usted muy mal. Siendo de la Organización, es como si fuésemos amigos.

—Yo sabía que iba a venir usted conmigo. Siempre pregunto quién es mi compañero de viaje. No soporto a ciertos tipos empalagosos y pesados.

Hugo miró a las piernas de Eva Wulf y comentó:

—Es usted muy bonita. No me extraña que le digan cosas.

—Soy como soy. Y mujer. Me gusta vestir así, aunque dicen que causo escándalo.

Hugo hizo un esfuerzo para no alarmarse. Y pensó en que el sistema de Eva Wulf, de conocer de antemano sus compañeros de viaje, podía darle resultados futuros para evitarse sofocos.

—Por favor, señorita Wulf… A usted se la ve por fuera.

Ella sonrió de nuevo con gracia y picardía.

—Admito que me deleita provocar un poco. En la Comisión Biológica, mis colegas, que son hombres mayores, se alborotan un tanto cuando estoy entre ellos.

—La biología es una ciencia muy seria —remarcó Hugo.

—¡Como que es la ciencia de la vida y de las flores! ¿Hay algo más bello que la vida?

—La arqueología también es muy interesante.

—¡Bah! Estudia usted los muertos, todo lo antiguo, el pasado.

—No se concibe el presente sin un pasado —se defendió Hugo.

—¿Fuma usted?

—No. ¿Por qué?

—Me he venido sin cigarrillos.

—Se los pediré a la azafata.

—¡No, por favor; no se moleste! Yo fumo por esnobismo. Hablemos de la conferencia extraordinaria de esta tarde. ¿Para qué nos quieren?

—Tengo la vaga sospecha de que desean nuestra opinión técnica sobre ese asteroide de Glulick que está poniendo en peligro nuestra

hermosa existencia en este viejo mundo —contestó Hugo.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con ello? ¡Qué llamen a los astrónomos! ¿Qué sé yo de influencias celestes o amenazas cósmicas?

—Debe tratarse de un pleno científico. Querrán saber la opinión de todos.

—Eso es una majadería. Si existe un peligro para la Humanidad, que se reúnan los técnicos de la materia y decidan en consecuencia, sin más demora. Un cohete, provisto de un cono atómico, y solucionado el problema.

—¡Es usted sorprendente! —exclamó Hugo—. Ya ha dado una solución. Y no entiende. Pues algo así es lo que necesita la Organización. Soluciones. Una votación general y la fuerza para actuar de inmediato. Nosotros hemos de informar.

—Yo informaría sobre un problema biológico. Eso es lo mío. No he hecho otra cosa en toda mi vida. Mi padre se ensañaba conmigo, haciéndome estudiar sus textos… ¡Oh, ya nos vamos! Dentro de dos horas estaremos en Nueva York. Da gusto viajar así. Parece que continuemos inmóviles.

Efectivamente, el «Súper-Concord» se estaba deslizando por la pista a gran velocidad. Y los pasajeros se movían dentro del aparato, en los distintos pisos y salitas, como si nada ocurriera. Un sistema decelerador creaba el clima de perfecto inmovilismo.

No era necesario sujetarse a los asientos, ni siquiera permanecer sentado. Para los pasajeros, el aparato no se movía en absoluto, aunque el terreno iba quedando vertiginosamente atrás.

—Me parece usted muy joven, señorita Wulf.

—Tengo veinticuatro años. Y puedo decir que estudio biología desde hace veinte años.

—La felicito. Es todo un récord.

Era una joven alegre, simpática, atractiva y fascinante. Más que moderna, era modernísima, sin prejuicios y, especialmente, inteligente. Lo demostró durante las dos horas que estuvieron juntos, hablando de muchas cosas, pero poco de ellos mismos.

Ni que decir tiene que Hugo van Hoorn no pudo estudiar durante el viaje, ni le importó. Y que, cuando terminó este, en el aeropuerto internacional de New Jersey, ambos habían quedado

muy amigos, prometiéndose cenar juntos en «Hilltrop», aquella noche.

Luego, se despidieron. Ella tenía reservada habitación en un hotel distinto al suyo. Se dieron la mano y Eva prometió:

—Si le disgusta, esta noche llevaré un vestido menos… descarado. Sé ser comprensiva.

* * *

La Sede de las Naciones Unidas hervía materialmente. Se habían reunido las Delegaciones políticas de todos los países. En otras salas estaban reuniéndose las comisiones científicas. La prensa intentaba obtener información a todo trance. Algo grave sucedía aquel día. Algo que parecía ser más importante que la nueva discusión ideológica entre oriente y occidente, pese a las grandes concesiones hechas en los últimos años por los países del bloque occidental.

Sin embargo, aquel día todas las delegaciones, con los representantes de ambos bloques, estaban allí.

Y se comentaba en voz baja por todas partes.

Hugo van Hoorn acudió a su Comisión, ¡y se encontró con que era allí, donde estaba el meollo de toda la cuestión!

Eran veinticinco arqueólogos de todo el mundo. El presidente era un polaco, llamado Ferenc Bielsk, que parecía estar esperando la llegada de Hugo para iniciar la sesión, sin esperar a los restantes miembros de la comisión.

También notó Hugo que sobre la mesa de Bielsk había cuatro visófonos, recién colocados. En la puerta de la sala había tropas de las Naciones Unidas, y solo dejaban entrar a los científicos acreditados.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Hugo a un colega conocido, representante de Francia y llamado Jacques Divron.

—¡El colmo de lo inconcebible! —contestó el francés, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Una expedición terrestre ha regresado del espacio!

—¿Y por eso todo este embrollo? Todos los días salen y regresan expediciones.

—¡Pero esta partió de aquí hace veinte millones de años, amigo Van Hoorn! —exclamó Jacques Divron.

A Hugo se le desencajó la boca, quedando atónito. Luego, balbuceó:

—¿Qué clase de locura es esta?

—Eso es lo que se dice —continuó el francés—. Yo, naturalmente, no me lo creo… ¡Esto es peor que la resurrección de Adán!

El presidente de la comisión, que se zafó del acoso de varios colegas, golpeó la mesa con su campanilla de plata y dijo:

—Señores, por favor, les ruego silencio… Me alegro que haya llegado usted, señor Van Hoorn. Le estaba esperando.

—¿Es cierto lo que me ha dicho el profesor Divron? —preguntó Hugo.

—Así parece. Desde, luego, es como para volverse loco. Yo no he visto a esos individuos, pero Malcom, que viene de Nevada, dice haberlos visto. Son enormes. De casi tres metros de altura, semejantes a nosotros, pero…

—¡Por Dios, Profesor Bielsk —exclamó alguien—, no es posible que sea cierto!

—Ellos afirman que salieron de aquí… ¡hace veinte millones de años!

Hubo un coro de protestas entre los reunidos También, en la entrada, alguien forcejeaba con los guardias, queriendo entrar. Era un arqueólogo americano, llamado Clement, y Bielsk hubo de intervenir, a gritos, para que le dejasen pasar.

Cuando se hizo un poco la calma, el presidente continuó:

—Es imposible que vayamos todos a San Antonio. El secretario ha elegido personalmente los nombres… Por eso le esperábamos, Van Hoorn. A usted le corresponde la presidencia de esta comisión en el próximo período. Partirá mañana temprano, en cohete teleguiado, junto con otros hombres de ciencia.

—¿Yo? —se asombró Hugo—. Pero, ¿qué diablos es eso? Aún no he podido entender nada.

—Esos hombres han llegado a San Antonio, Nevada, a bordo de una nave inverosímil. Son cuatro. Llevan máquinas supraelectrónicas y dispositivos especiales que traducen sus pensamientos a palabras… ¡Eso me ha dicho Mr. Malcom!

—¿Y usted cree eso? —preguntó alguien.

—Ni creo ni dejo de creer. Les comunico lo que me han dicho. El asteroide de Glulick está siendo colocado en órbita en torno a Júpiter. Ellos han venido en ese asteroide, que es un pequeño mundo, donde han vivido todo este tiempo.

—¿Qué tiempo? —preguntó Hugo—. ¿Veinte millones de años?

—Sí. Declaran que son nuestros antepasados. Ellos han descubierto la vida eterna. Han ido hasta los límites del infinito y han vuelto a su planeta madre. Están asombrados de los cambios que han podido observar.

—¿Qué hacen en San Antonio?

—Allí están, conversando con las autoridades federales —replicó Bielsk—. El Presidente de los Estados Unidos ha pedido la reunión urgente de la ONU para estudiar el caso. Se nos exige que actuemos sin pérdida de tiempo. Parece que el peligro de colisión con el asteroide de Glulick ha sido conjurado, pero el problema que nos representan esos seres es colosal.

»Desde luego, según ha declarado Mr. Malcom, aunque se parecen a nosotros, no tenemos con ellos nada en común. Ni siquiera hablan. Solo piensan.

—Deben ser seres extraterrestres, procedentes de otro planeta —argumentó otro miembro de la reunión.

—Insisten en que ellos salieron de aquí hace… Bueno, el tiempo que les he dicho.

—¡En el terciario no existían seres humanos en La Tierra! —declaró un paleólogo británico.

—¿Está usted seguro de eso, señor Keen? —preguntó Hugo, volviéndose.

—¡Es inadmisible!

—En eso estoy de acuerdo. Pero no hay nada probado. Nuestro mundo aún hoy está en evolución constante.

—Yo no puedo contestarles a nada de eso. El Secretario general quiere que vaya Van Hoorn a San Antonio. Le acompañarán científicos de otras disciplinas, hasta un número no determinado, que se ha llamado la Comisión Mixta. Usted deliberará con ellos, Van Hoorn. Sus criterios serán los que habrán de exponer después ante las Delegaciones políticas de la Asamblea General.

* * *

Hugo van Hoorn parecía un borracho cuando se presentó en el vestíbulo del famoso restaurante neoyorkino, «Hilltrop», donde debía esperarle Eva Wulf. Pero ella no estaba allí. No había ido ni tampoco había enviado a su nuevo amigo mensaje alguno.

Hugo recordó el nombre del hotel donde Eva le había dicho que tenía alojamiento reservado, y efectuó una llamada. Pero le contestaron que la señorita Wulf no había vuelto aún.

Fue preciso cenar solo. Además Hugo tenía demasiados problemas en la mente, y casi se alegró de la incomparecencia de la provocativa biólogo.

Regresó pronto al hotel y se acostó. Debía levantarse temprano y quería tener la cabeza despejada para el singular trabajo que debía realizar.

A la mañana siguiente, el joven arqueólogo se dirigió en helicotaxi hasta el campamento militar de Fuchs Bay, donde mostró sus credenciales. Inmediatamente, le dieron una tarjeta especial, con su nombre y su fotografía, recomendándole que la llevase siempre prendida al pecho.

Luego, le acompañaron hasta un salón donde estaban reuniéndose los otros científicos que debían dirigirse hacia San Antonio. Vio a varios hombres conocidos, como el profesor Lowell, el radioastrónomo norteamericano, descendiente de una prestigiosa familia científica. También estaba allí el doctor Cardell, de la Universidad de Calcuta, famoso cardiólogo argentino… ¡Y el no menos prestigioso físico Mark Reinham, de Upsala!

—Buenos días, doctor Van Hoorn —oyó Hugo que le decían, a su espalda.

Se volvió, sorprendido, y vio a… Eva Wulf en persona. Pero se trataba de una Eva Wulf totalmente distinta a la que conoció la víspera, en el vuelo Ámsterdam-Nueva York. La joven vestía un traje chaqueta muy clásico, de suave tela azul violeta… ¡Llevaba gafas, y una cartera de mano, sujeta con una cadena a la muñeca!

Sonreía con encantadora gracia y tendía la mano a Hugo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Soy la doctora Eva Wulf. He sido nombrada para ir a San Antonio. Soy la secretaria de la Comisión Mixta, por mi condición

femenina. El Presidente es el señor Reinham.

—¿Por qué no fue usted anoche al «Hilltrop»? —preguntó Hugo, en tono acusatorio.

—No me fue posible. Quise llamarle, pero tuve un trabajo enorme. No he dormido más que una hora… Al ver que estaba usted también en la lista, me dije que hoy podría pedirle disculpas. Lo siento… Pero piense que he tenido que hacer un montón de tarjetas, preparar los cuestionarios, ordenar la documentación y clasificar todos los expedientes… ¡No crea que es fácil esto de ser secretaria de una Comisión Mixta, destinada a investigar el regreso de los «atlantes»!

—¿Atlantes?

—Bueno, yo les llamo así, por decirles de algún modo. Puede que sea verdad lo que dicen. ¿Conoce usted la leyenda de los Atlantes?

—Eso es mitología, señorita Wulf —sonrió Hugo.

—Pues vamos a enfrentarnos con la mitología, créame. Y será algo apasionante.

Capítulo II

LA base militar norteamericana de San Antonio, situada en el valle del mismo nombre, en Nevada, era un centro de experiencias secretas del Ejército, donde los técnicos del U.S.A. Army probaban armas de distintos tipos.

Estaba rodeada de postes de inducción magnética y sus edificios, típicamente castrenses, pero modernos, se alzaban cerca de un bosque de ceibas americanos, árboles frondosos y de rugoso y grueso tronco.

El cohete teleguiado que salió de Fuchs Bay aquella mañana, tardó menos de una hora en atravesar todo el continente, llevando en su interior a la Comisión Mixta, para terminar posándose, suavemente, sobre la rampa de aterrizaje. Inmediatamente, un grupo de auxiliares de la base abrieron las compuertas y los hombres de ciencia, cincuenta en total, descendieron.

El general Dawson y un grupo de oficiales aguardaban junto a los vehículos de suspensión de aire que debían llevarles hasta la jefatura de la base.

Henry Dawson era un hombre alto, de cabellos grises y rostro enérgico, que vestía un impecable uniforme, luciendo sus insignias y cintas de sus condecoraciones con altivez.

—Caballeros, les hemos hecho venir aquí para que estudien e investiguen a cuatro individuos que dicen venir del infinito. Ya les supongo enterados de lo que ocurre.

»Esos sujetos se parecen bastante a nosotros, pero son más altos y fuertes, y poseen una astronave cuya primera impresión es, evidentemente, de una técnica muy superior a la nuestra.

»Aterrizaron aquí, en medio de esta base y se sorprendieron tanto como nosotros de todo lo que vieron. Dicen ser originarios de este planeta, aunque, en el tiempo en que ellos aseguran haberlo abandonado, se le conocía por otro nombre.

»No hablan, pero sus pensamientos nos son transmitidos por una especie de aparatito de radio que llevan colgado del cuello, sobre el pecho, y que, según afirman ellos, está conectado a una complicada máquina traductora de ideas que llevan en su nave.

»En definitiva, caballeros, ustedes verán y hablarán con esos individuos. Así lo han acordado en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Por múltiples razones, nuestro Gobierno considera que el caso debe ser estudiado internacionalmente. Y por eso les digo que sean bienvenidos a San Antonio.

Hugo van Hoorn y Eva Wulf, mientras escuchaban al general Dawson, habían estado mirando hacia los edificios de la base, situados a unos quinientos metros de donde se encontraban, viendo una especie de entoldado de lona, semejante a la cubierta de un circo ambulante.

Luego supieron que allí estaba la nave espacial utilizada por los viajeros del infinito.

Inmediatamente, todos los científicos subieron a los vehículos que les aguardaban y, con rapidez y silencio, se dirigieron hacia el lugar donde estaban los edificios de la base. Allí, penetraron en una salar donde debían celebrarse las juntas de oficiales y se sentaron.

La tensión y la expectación crecían ante ellos. Pronto iban a ver a los cuatro individuos que decían haber nacido en La Tierra y vivido en el espacio durante veinte millones de años.

Y así fue. Cuando estuvieron todos sentados, se abrió una puerta que había a la derecha del estrado presidencial y apareció primero el general Dawson, seguido de cuatro soldados armados de fusiles especiales, que se situaron en puntos estratégicos del estrado.

¡Y después aparecieron los cuatro seres del espacio!

Un murmullo de asombro corrió entre los científicos, quienes estiraron el cuello para ver mejor a los colosos, cuyo aspecto era más que impresionante.

Habían tenido que inclinarse para cruzar la puerta. Eran fuertes, de recios brazos y piernas, de grandes manos, cabezas angulosas, que cubrían con unos cascos parecidos a los que usaron los

centuriones romanos.

Llevaban brazos y piernas cubiertos con una especie de cota de malla plateada. El pecho se lo protegían con una coraza, plateada también, de forma abombada, pero que daba la sensación de ser tableros de control, debido a los numerosos botones y ojos luminosos que llevaban, centelleando algunos y apagados otros.

En el centro del pecho, colgando del cuello, ostentaban un talismán ranurado y ovalado, que semejaba un singular micrófono.

Caminaban erguidos. Miraban con sus grandes ojos oscuros a los científicos y sus semblantes no denotaban curiosidad ni desagrado. Eran rostros impenetrables, inexpresivos e inmóviles.

Era evidente que utilizaban la nariz para respirar y la boca para alimentarse. Sus orejas las tenían protegidas por las orejeras de los cascos. Eran ligeramente chatos y de rasgos un tanto asiáticos. Su piel era muy blanca e iban cuidadosamente rasurados.

El general Dawson se sentó familiarmente en el centro y los cuatro colosos lo hicieron junto a él, dos a la derecha y dos a la izquierda.

—Señores, permítanme presentarles a Ekva y Durha, a mi derecha. Y a Croz y Umtali, a mi izquierda —mirando a los gigantes, entre los que apenas se veía, Dawson añadió—: Estos señores forman la Comisión Mixta, elegidos entre los científicos de nuestro mundo, que la Asamblea General de las Naciones Unidas ha enviado para hablar con ustedes.

»Les ruego les contesten y colaboren con ellos, como han hecho conmigo.

El último de la izquierda, cuyo nombre era Umtali, inclinó la cabeza y del aparato que colgaba de su pecho surgió algo así como una música extraña. Y luego, todos los allí reunidos oyeron su propio idioma, hablado con suavidad y entonación casi melódica.

—Me alegro de conocerles, caballeros. Sé que hablan ustedes distintos idiomas. Por esto me permito utilizar el clasificador idiomático múltiple. De este modo, mis pensamientos son captados por ustedes en su propio lenguaje. Creo más acertado este medio de comunicación que el propuesto por mi compañero Durha, que propone el entendimiento mental.

»Ustedes pueden hablarnos en el lenguaje que quieran. Sus palabras son registradas por el clasificador idiomático y se nos

transmiten instantáneamente.

»Nos encontraremos, como es lógico, con la dificultad de los nombres propio y comunes. En este caso habremos de establecer semejanzas de comprensión. Nosotros estamos preparados para profundizar en cualquier cuestión importante y aclarar el verdadero sentido de las cosas.

»Empezaré explicándoles quiénes somos, lo que hemos hecho y de dónde venimos. Luego, ustedes nos podrán preguntar todo lo que deseen saber. El puente de contacto estará ya tendido.

»Tanto yo como mis compañeros formamos parte de una expedición de cien «kreos», o sea habitantes de «Kreo», que vivíamos en la antigua ciudad protegida de «Antala». Kreo es este mismo planeta, que ha sufrido grandes transformaciones geológicas en el transcurso de su existencia.

»Lo mismo ocurre en los infinitos mundos que hemos visitado en nuestro periplo. Los mundos cambian, como los seres. Todo está sufriendo una constante y paulatina transformación. Y lo que en el pasado era de un modo, ahora es de otro.

«Kreo, nuestro mundo, tenía una enorme y densa atmósfera. Casi todo estaba cubierto de nubes de agua. Las erupciones volcánicas y los seísmos telúricos eran más frecuentes que ahora, porque la estabilidad del suelo no se consuma hasta que un planeta entra en su período de reposo eterno, o sea en su muerte. La atmósfera se convierte en agua y el agua se evapora, después, huyendo al espacio, al perder su gravedad electrónica, o sea, cuando los electrones se convierten en neutrones.

»Sabemos que ustedes tienen ciertas nociones sobre todo esto, que luego podemos ampliar y aclarar. Vayamos a nuestra historia.

»En «Antala», la junta solar nos eligió para un viaje al infinito. Debíamos explorar y establecer contacto con otras civilizaciones del universo.

»Abandonamos «Antala» y nos dirigimos al segundo satélite de Kreo. Entonces, además de la Luna actual, existía otro satélite, llamado por nosotros «Tlyge», de creación natural. Allí instalamos nuestra base de operaciones. Solidificamos su superficie, de doce millones de kilómetros cuadrados, cubriéndola de grandes planchas metálicas, e instalamos los dispersores de moléculas.

»Esto quiere decir que empleamos un satélite natural para viajar

por el espacio. Los dispersores de moléculas, accionados desde nuestra torre de navegación central, permitieron a «Tlyge» alejarse de su órbita geocéntrica, iniciándose así el viaje que ha durado veinte millones de años.

»Hemos ido hasta los confines del universo. Hemos pasado, en saltos interuniversales, a otros abismos tan infinitos como el nuestro. Cruzamos la barrera del vacío absoluto, donde estuvimos a punto de quedarnos, porque los dispersores no funcionaban. Una débil corriente sideral, empero, nos fue arrastrando, hasta penetrar en la influencia de otro universo-isla.

«Mientras, fuimos descubriendo mundos nuevos, gigantes y pequeños. Conociendo razas distintas y homólogas, con las que sostuvimos luchas y disputas, en las que fuimos perdiendo nuestros semejantes, terminando por volvernos precavidos y desconfiados.

«Nosotros poseemos una ciencia mucho más avanzada que ustedes. Prácticamente, lo habíamos descubierto todo, gracias al poder psíquico y sensorial de nuestras mentes.

«Así descubrimos nuestras propias debilidades y supimos evitar las enfermedades. Para evitar la muerte nos proporcionamos órganos vitales indestructibles y aceptamos la ley de la procreación, que nos limitaba a un número fijo de seres.

«Dominamos así la muerte y conquistamos la vida. Podemos navegar incluso en medio de las más horribles tormentas radiantes, donde las moléculas llevan millones de voltios en titánica contienda en busca de un equilibrio estable.

«Nuestra expedición estaba destinada a descubrir nuevos mundos. Debíamos comunicar con «Antala» y enviar muestras importantes de nuestros hallazgos. Y durante algunos siglos mantuvimos ese contacto. Luego lo perdimos, quedándonos aislados. Supusimos que la distancia nos había desconectado. Luchábamos contra fuerzas infinitamente más poderosas que nosotros y pensamos regresar.

«Nuestro jefe, ya muerto, insistió en continuar hasta el fin absoluto. Y eso hicimos, empleando veinte millones de años en regresar al mismo punto.

Y ahora nos encontramos que nuestra raza ha desaparecido, «Kreo» se ha transformado totalmente y seres inferiores habitan el planeta.

»Este es nuestro dilema. ¿Qué hacemos ahora?

* * *

El físico Mark Reinham, presidente de la Comisión Mixta, se levantó. Su prestigio era grande en todo el mundo científico. Su voz era clara y segura, al preguntar:

—¿Cómo sabéis que este planeta es el vuestro?

—Nuestros conocimientos astronómicos son grandes. Los aparatos de registro que utilizamos no han fallado jamás. Conoceríamos este sistema solar entre todos los del espacio. Hemos calculado el tiempo sin error. Disponemos de relojes inalterables, electrónicos y de «ismio», que es un metal inexistente en este sistema.

»Han habido, naturalmente, distanciamientos. Los mundos tienden a distanciarse de su astro-madre. Las radiaciones solares han perdido intensidad, también. Pero veinte millones de años no alteran una configuración astronómica.

—Bien aceptamos que hayáis vuelto, sin error, a vuestro mundo. Aquí ya no quedan individuos de vuestra raza. Nosotros tenemos una historia distinta, que data de quince o treinta mil años —siguió argumentando el físico Reinham—. Más allá de eso, existió el primitivismo más rudimentario. ¿Hemos de creer, pues, que vosotros sois nuestros antepasados?

Umtali no respondió. Se volvió a su compañero. Croz y le hizo un gesto extraño.

—Háblate tú, Croz.

—Yo contestaré a su pregunta, profesor Reinham. ¿No se llama así?

—En efecto. ¿Cómo lo ha sabido?

—Sus ideas llegan claras a mi mente. Las analizo con interés y veo incluso la vida, absolutamente dedicada a la ciencia, que ha llevado usted… Sé su nombre y todo lo que piensa, es o ha sido.

—Esa facultad no la poseemos nosotros —contestó Reinham, un tanto cortadamente.

—No me lo tenga a mal, profesor. Nuestra cultura nos impide hacer uso deshonesto de las observaciones que efectuamos. Permítame responder a su pregunta.

»No creo que seamos directamente antepasados de ustedes. Quizás procedamos de una línea común. En los mundos del espacio hemos encontrado razas sorprendentemente parecidas a las nuestras. Sus hábitos y costumbres eran disparatadamente opuestos. En realidad, los parecidos son ficticios.

»Yo más bien creo que nuestros semejantes debieron sucumbir, víctimas de algún cataclismo geológico, después de nuestra marcha, y que luego surgieron, a través de formas evolutivas primarias, los seres que forman la cadena de sus antepasados.

—¿Una raza nueva, desvinculada de la de ustedes? —insistió el físico Reinham, volviéndose a donde estaba sentada Eva Wulf y haciéndole una seña para que se acercase a él.

—Posiblemente. Pero no desvinculada del todo, puesto que el ambiente seguía siendo, aproximadamente, el mismo —contestó Croz, inexpresivo.

—¿Quién es el antropólogo de la comisión? —preguntó Reinham a Eva, en voz baja.

—El doctor Marcus Samaka, de Rumania —replicó la joven, vivamente, sin necesidad de recurrir a sus documentos.

Reinham se volvió al estrado de los colosos y dijo:

—Creo que debe discutir esa cuestión con el doctor Samaka.

Un hombrecillo vivaz y con gafas se puso en pie entre los miembros de la Comisión Mixta.

—Sí —exclamó aquel hombre—, el aspecto externo de ustedes se asemeja al nuestro. Podemos tener un principio común. Las razas también están en constante mutación. Pero, ¿es igual el metabolismo?

—Nosotros hemos perdido los órganos genitales, doctor Samaka. No los utilizamos. Somos longevos.

—¡Inadmisible! Eso representa que van hacia una degeneración.

—Debido al efecto externo, sí. Porque nos destruimos. El ambiente nos va venciendo. Nuestra longevidad fue conseguida en un ambiente natural que nosotros procuramos conservar a todo trance. El tiempo, empero, es inexorable. Acabaremos por sucumbir.

—¿Y nosotros?

—Seguirán su ciclo evolutivo hasta alcanzar nuestro desarrollo.

Nosotros también formamos parte de los agentes externos que modifican el ambiente… Podemos participarles infinidad de conocimientos que ignoran. Eso hará que su ambiente cambie.

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—En cuanto nosotros divulguemos a ustedes nuestros conocimientos, la vida cambiará totalmente para ustedes. Nuestra ciencia les permitirá cambiar muchos conceptos que consideran inamovibles. El de la muerte es el principal. Si no mueren, habrán de dejar de reproducirse.

—Comprendo —replicó Marcus Samaka—. Ese es el ambiente a que usted se refería. Pero nuestra raza está en constante expansión. No nos es posible frenar el crecimiento.

—Nosotros lo hicimos en Antala, quedando limitados a doscientos cincuenta mil seres. Solo teníamos una población. El resto del planeta estaba desierto. Explotábamos las riquezas naturales en beneficio de todos.

—¿Qué sistema político empleaban ustedes para regirse?

—Poseíamos un Consejo representativo. Toda la población tenía derecho a exponer su criterio. Los acuerdos los tomaba el Consejo.

—¿Una democracia? —preguntó Reinham.

—Sí, pero en un sentido justo y recto. Jamás tuvimos desacuerdos

—¿Cómo es que, habiéndose criado y adaptado a una atmósfera que debió ser distinta a la actual, pueden respirar ahora? —insistió Marcus Samaka.

—En efecto, la atmósfera que existía en este planeta cuando nosotros nos fuimos, era distinta a la actual. Hemos encontrado numerosos mundos con envolvente gaseosa diferente. Nosotros poseemos unos comprimidos químicos que nos permiten respirar interiormente.

—¿No son, pues, igual que nosotros? —preguntó el doctor Cardell, el cardiólogo argentino que tenía su cátedra en la prestigiosa Universidad de Calcuta.

—Esencialmente, sí. Pero hemos tenido que adaptarnos a las condiciones de vida existente en los mundos que hemos visitado. Es lógico que así sea. Ustedes hacen lo mismo en sus exploraciones espaciales.

—Háblennos del asteroide —rogó un hombre delgado y alto, llamado Svante Glulick, que vestía ropas claras y deportivas.

—No hay peligro para nadie. Lo hemos situado en órbita de Júpiter, como ustedes llaman al planeta gigante del sistema. Ha sido el primer acuerdo establecido con las autoridades de La Tierra —habló Umtali—. Nosotros sabemos las perturbaciones que podría provocar si lo colocamos en su órbita originaria.

»«Tlyge» es un satélite natural, como es la Luna. Nosotros nos lo llevamos al infinito y lo devolvemos. De haber sido este planeta igual que era antaño, nada habría ocurrido. Pero ustedes han cubierto los continentes de ciudades y los mares podrían desbordarse.

»Por eso lo hemos situado donde no perjudique…

—¿Dice que La Tierra tenía dos satélites naturales? —insistió el profesor Glulick.

—Sí. Podemos demostrar eso. Poseemos grabaciones estereofísicas que lo demuestran —repuso Umtali—. No tenemos inconveniente en que visiten ustedes nuestro pequeño mundo.

—¿Solo cuatro de la expedición de cien han sobrevivido? —preguntó ahora el profesor Reinham.

Umtali no respondió inmediatamente. Pareció dudar unos segundos, y luego dijo:

—Sí. Solo quedamos nosotros. Todos los demás han perecido.

—¿No son, pues, longevos?

—Físicamente, sí. Pero hemos tenido que luchar contra fuerzas naturales superiores a nosotros. Hemos contraído enfermedades extrañas en nuestro largo viaje. El Universo entero está compuesto de infinitos mundos y en cada uno existe un ambiente distinto. La muerte nos ha diezmado.

—¿Ustedes estarían dispuestos a someterse a un examen médico? —preguntó el cardiólogo Cardell.

—Sí.

Hugo van Hoorn consideró que le había llegado el turno y se puso en pie, preguntando:

—¿Y dónde está la población que han mencionado?

—Ese es nuestro problema, doctor Van Hoorn —contestó uno de los colosos que aún no había hablado, o sea el llamado Ekva—. Y

considero esa pregunta como altamente interesante.

»Antes de aterrizar hemos efectuado un reconocimiento, sin poder orientarnos por nada. Los continentes han cambiado de lugar y forma. Esta tierra ha cambiado enteramente de aspecto. Para localizar el lugar donde estuvo Antala sería preciso saber lo que ha sucedido aquí durante los veinte millones de años que ha durado nuestro viaje. Incluso el polo magnético se ha desplazado.

—¿No podría darse el caso de que este planeta no fuese el suyo? —insistió van Hoorn.

—No. Repetimos que no. Es este.

—En ese caso, los vestigios de la civilización de ustedes deben de hallarse aquí. Esa sería la prueba más concluyente.

—Están en alguna parte, bajo la corteza de este planeta. Antala estaba situada en un gran valle, rodeada de montañas. Una enorme cúpula transparente la protegía y nos protegía a nosotros de los elementos meteorológicos.

—¿Sospechan que Antala está sepultada?

—Bajo tierra o… ¡bajo el mar! —contestó Ekva—. Pero está aquí y necesitamos encontrarla para saber lo que fue de nuestros hermanos.

Capítulo III

LOS científicos de la Comisión Mixta fueron alojados en pequeños apartamientos prefabricados, con todo lujo de comodidades, instalados en pocas horas. No iban a estar habitados mucho tiempo. Unos días o unas semanas, a lo sumo.

Se les dotó de todo lo necesario, incluso ropas, para que no echasen nada a faltar. Se instaló también un comedor colectivo, pero si alguno lo deseaba, podía comer en su apartamiento, que era algo así como la cabaña de un moderno motel.

Aquel primer día, Hugo van Hoorn comió en el comedor colectivo. Camareros de la base les sirvieron lo que les apeteció.

Naturalmente, Hugo comió en compañía de Eva Wulf.

—Somos vecinos de mesa y de apartamiento —explicó Eva, al iniciar la comida—. Lo he dispuesto así yo misma, en desagravio por mi ausencia de anoche en el «Hilltrop».

Hugo sonrió. Pero estaba preocupado.

—Es asombroso cuanto hemos oído esta mañana. ¿No le parece?

—Asombroso, sí. Aunque yo empiezo a mirar a esos hombres con simpatía. Me parecen sinceros.

—Me gustaría poder demostrar que vivieron aquí.

—¡Eso es trabajo suyo, Hugo!

—Sí… ¡Buscar una población que existió hace veinte millones de años!

La expresión de Hugo pareció iluminarse, pero se modificó, haciéndose impenetrable, al ver acercarse a su mesa al profesor Reinham, quien les dijo:

—Disculpe, doctor Van Hoorn —el presidente de la Comisión

Mixta puso su mano sobre el hombro de Eva y añadió—: Deseo que divida usted el grupo en cuatro partes. Me lo ha sugerido el general Dawson para simplificar y ganar tiempo.

—¿Por especialidades? —preguntó Eva.

—Sí. Cuatro grupos de doce o trece. Medicina, biología, antropología, etc. Este grupo se entrevistará con Durha. Historia, arqueología, paleontología y geofísica… —Reinham miró a Hugo —: Ustedes pueden hablar con Ekva. El físico y matemático es Umtali. Del cuarto grupo se encargará Croz. Utilice su criterio para clasificar a los miembros. ¿Me ha comprendido?

—Sí, profesor. Ellos son cuatro y nosotros cincuenta. Formaremos cuatro grupos por especialidades afines.

—Exactamente. Esta tarde, mi grupo visitará la nave espacial que han traído. Luego buscaremos el medio de ir hasta su satélite «Tlyge». Umtali me ha dicho que en su nave de exploración solo pueden llevar a diez personas. Será preciso elegir a los más destacados de cada grupo.

»El general Dawson ha puesto a nuestra disposición cuatro salas de reuniones, provistas de magnetoscopios. Hay que grabar absolutamente todo lo que se habla con ellos. Nombre un jefe de cada grupo para que se encargue de las grabaciones y dirigir los interrogatorios.

—Estos individuos se muestran altamente explícitos y comunicativos —intervino Hugo—. Me agrada.

—A mí también, señor van Hoorn —replicó el físico Mark Reinham—. Y es una gran suerte. Podemos aprender muchísimo de ellos. Va a ser un gran salto adelante el que experimentará nuestra pobre ciencia. Umtali me ha hablado de la física cosmogónica, integracional y creativa. Saben cosas que nosotros no habíamos ni soñado siquiera… Bueno, no deseo interrumpir su comida. Ocúpese de todo eso, señorita Wulf.

—Sí, profesor. En cuanto termine la comida me pondré al trabajo. ¿Querrá usted ayudarme, Hugo?

—Con mucho gusto.

—Buen provecho —dijo Reinham, alejándose hacia la mesa que compartía con otros sabios profesores y el general Dawson, que se había dignado coma: con ellos.

El comedor de los sabios estaba animadísimo. Todas las conversaciones giraban en torno al mismo asunto: ¡los «kreos» y su alucinante historia!

Hugo van Hoorn también estaba hablando con Eva acerca de ello.

—El sistema del profesor Reinham es interesante. Eso nos permitirá adelantar más. Tengo que hablar con Ekva acerca del lugar donde estaba situada Antala. Sería importante descubrir la población.

—Han dicho que debió de quedar sepultada, pero sus edificios estaban protegidos por una cúpula de acero transparente — dijo Eva.

—Cierto. Pero ¿dónde? Pese a que nuestro planeta es un pañuelo, como vulgarmente se dice, tenemos una superficie de quinientos millones de kilómetros cuadrados… ¡Y en alguna parte de esa superficie, debe estar la ciudad que abandonaron esos hombres hace veinte millones de años!

—Ellos no parecen poseer referencia alguna —musitó Eva.

—No. Pero debe de existir algún medio de localización. Algún punto de referencia, algo… Y eso tiene que decírmelo Ekva.

* * *

Al igual que sus tres compañeros, Ekva era grave, circunspecto, sereno. Solo se movía, girando la cabeza, hacia alguno de los hombres que le preguntaba.

El historiador americano Richard Lindsay le había asaeteado prácticamente a preguntas, mientras el geofísico Mc Neil intentaba trazar un tosco mapa sobre lo que había sido La Tierra veinte millones de años atrás.

Hugo van Hoorn también trazaba su propio plano, que no tenía ni pies ni cabeza, dada la perfecta esfereidad del globo.

—Aquí estaba Antala —decía Hugo a Ekva, señalando un punto de su plano—. Había un círculo de montañas.

—Sí, poco más o menos — contestó Ekva—. Déjeme su pluma, doctor. Hay que modificar este contorno.

El gigante Ekva tomó la pluma radiante de Hugo y dibujó el contorno de las montañas con más perfección.

—Era así, exactamente —dijo, a través de su radio pectoral.

—Naturalmente —comentó Hugo, señalando el plano—, esto podía ser cualquiera de los polos, el ecuador o yo qué sé. No hay puntos de referencia actuales, puesto que incluso el polo magnético se ha desplazado.

—Y no existía casquete polar alguno —añadió Ekva.

—Hagamos la comparación de todos los datos geofísicos que tengo aquí. La gravedad era casi igual —intervino Mc Neil—. La aceleración —también. ¿Y la propagación de las ondas?

—Inferior —contestó Ekva—. La densidad del aire era mucho menor. La fórmula era otra. Existía más azufre, bióxidos y monóxidos. Antala era uno de los lugares más salubres de todo el planeta.

—Vamos a suponer que el Atlántico no existía —dijo Van Hoorn —. Esta silueta no se parece mucho a la unión de África, Europa y América juntas. Pero admitamos que pudo ser así. Intento establecer un punto de similitud hipotética. De ser así, Antala podía estar situada en lo que nosotros llamamos el Sudán, o sea el corazón de África.

Ekva se volvió a un gran mapamundi que había en el muro. Se levantó de su silla metálica y miró detenidamente el continente africano. Había aprendido rápidamente toda la geografía universal.

—Si es así —habló—. La Tierra ha cambiado muchísimo.

—En hipótesis, así es —admitió Hugo, yendo a situarse a su lado y levantando la cabeza para mirar al otro.

Al extremo de la mesa, el magnetoscopio, accionado por un científico llamado Andress, estaba funcionado y grabando la conversación que tenía lugar en la sala.

—De todas formas —dijo Ekva—, cuando vayamos a «Tlyge», les mostraré el archivo geológico de cuantos mundos hemos grabado. Allí podrán ver cómo era «Kreo», o sea, La Tierra.

»Sin embargo, creo que podía establecerse, con los datos que poseemos y los que poseen ustedes, la línea de traslación continua del polo magnético, sufrida durante toda la existencia del planeta.

—¿Cree usted que eso es posible? —preguntó Hugo, esperanzado.

—Tendremos un vacío de veinte millones de años, sin duda.

Pero nosotros teníamos establecido unos puntos elementales de traslación. Suponiendo que esos puntos se hayan mantenido constantes, con la computadora se puede obtener la referencia desconocida.

—¡Sería formidable! —exclamó Hugo, con entusiasmo.

—Lo haremos. Los cálculos han de ser exactos. Consultaré con Umtali… Aguarden un momento, por favor.

Ekva se sentó y quedó quieto. Parecía una estatua. Ni un solo músculo de su cuerpo se movía. Los que le observaban sabían que estaba en comunicación mental con su compañero, situado en otra parte de la base militar norteamericana.

Al cabo de unos minutos, Ekva se volvió a Hugo, que le miraba con sumo interés, y su voz salió a través de la radio de su pecho.

—Umtali afirma que podemos obtener un cálculo aproximado. Necesita, sin embargo, datos acerca de la situación actual del polo magnético.

—Yo puedo darle datos —habló el geofísico Mc Neil, anotando rápidamente sobre un papel él paralelo y el meridiano actual del polo magnético—. Aquí los tiene… Otra posición, hace diez años, fue esta… ¡Y hace cincuenta años, el polo estaba situado aquí! Como puede ver, la variación es insignificante.

—Correcto —dijo Ekva al examinar los datos.

—Por favor, Ekva —intervino otro científico—, hábleme del volcán Tlaoyam.

Mientras Hugo ponía en orden sus datos, Ekva y otro geólogo se enfrascaron en una conversación acerca de las actividades de los volcanes existentes entonces en La Tierra.

Al poco, Eva Wulf apareció en la puerta, diciendo alegremente:

—Perdonen. Pueden ustedes venir a examinar la nave espacial. El grupo de Croz ha terminado.

Todos se pusieron en pie, incluso Ekva, quien miró a Eva con curiosidad.

La joven biólogo sonrió con gracia exquisita y comentó:

—¿Todavía no se ha habituado usted a ver a una mujer, Ekva?

El gigante tendió su mano hacia ella.

—No, ciertamente —habló a través de su radio—. Nosotros teníamos mujeres… Más débiles que nosotros. En la expedición del

«Tlyge» llevábamos veintitrés. Pero, entre nosotros, no existía diferencia. Todos éramos iguales. Pero eso me causa una sensación extraña el saber que usted puede crear vida.

—En verdad, yo sola no puedo hacerlo. Nuestro fenómeno es bisexual, porque somos mortales. Continuamos la especie en nuestros hijos. Ese es un error que cometieron ustedes.

—Quizá tenga usted razón. ¿No se molestará el doctor van Hoorn si le digo que le gusta a usted?

Hugo estaba junto a ellos y se sonrojó.

—Es una indelicadeza revelar los pensamientos de una señorita, Ekva.

—Perdón —musitó el gigante—, vengan a ver nuestra nave.

Salieron al exterior y subieron a uno de los vehículos de suspensión de aire. Un suboficial del ejército manejaba los mandos y les llevó ante la enorme tienda de campaña que protegía la nave espacial de los «kreos».

Un piquete de soldados montaba guardia en la entrada. Y un cordón de tropas se extendía en torno al gran entoldado.

El grupo acompañado por Ekva penetró en el lugar. Eva Wulf se había unido al grupo, para acompañar a Hugo.

Y lo que vieron les dejó a todos completamente alelados. No se trataba de una espacionave de estilo clásico. No era esférica, ni lenticular, y menos en forma de cohete. Difería totalmente de todo lo visto o imaginado por el hombre.

En realidad, era como un cuerpo central, tubiforme, rodeado de medias esferas, en número de quince, lo que daba a la nave un aspecto de extraña oruga metálica.

Había una pasarela sobre la que se situaron los visitantes, siendo ascendidos, sin saber por qué motivo, pero sin necesidad de mover los pies, hasta una de las semiesferas que estaba levantada. Una rampa les permitió entrar en el interior de la extraña nave, hasta desembocar al cuerpo central, o cabina de mando, donde había insólitos aparatos, de formas raras y singulares.

Ekva les fue mostrando todo y explicándoles su utilidad.

—Este aparato es lo que ustedes llaman un velocímetro. Convierte la fuerza de atracción en velocidad orbital. Nosotros no consumimos combustible de ninguna clase. Para acercarnos a un

planeta, aprovechamos la atracción gravitacional. Y para alejarnos, invertimos los factores. Entonces, la fuerza gravitacional, nos expulsa, hasta que entramos en otra atracción.

»Este es el registro de navegación espacial. Está conectado a nuestro pequeño mundo-base. Fijamos la dirección de traslación y no debemos preocuparnos… Mire, doctor Van Hoorn. Aquí tenemos fijada en imagen tridimensional suspensoria del planeta Tierra. Véalo por esta mirilla prismática-visora.

Ekva señaló una ranura en una curiosa máquina. Hugo hubo de subirse a una escala que le facilitó Ekva para poder observar por la ranura. Y, efectivamente, dentro de un campo de estrellas, vio perfectamente la esfera celeste, como si estuviese siendo vista desde la Luna, con su envolvente azulada y maravillosa.

—¿Cómo han reproducido esto así?

—Es una imagen muy nítida tridimensional. El relieve es perfecto. La tenemos fijada ahí como referencia de traslación. Así podrá ver, pero más ampliado, la imagen de «Kreo» tal como era hace veinte millones de años.

Vieron las literas de reposo de los gigantes. Sus provisiones de química alimenticia. Aquellos seres se alimentaban absolutamente de píldoras alimenticias y no ingerían ni un gramo más de las necesarias para mantenerse en forma. Conocían perfectamente sus necesidades.

También les enseñó Ekva los bidones de «agua» azul, que empleaban para beber.

—Dile que te enseñe el «recreator» —dijo Eva Wulf a Hugo.

Ella había estado antes en la nave, acompañando a otro grupo.

Ekva se mostró complaciente y condujo a todo el grupo a una sala de regulares dimensiones, en donde había una especie de sofá extensible, adecuado a las proporciones de los «kreos», y en donde podían sentarse o tenderse hasta seis o siete de hombres como ellos.

—Esto es nuestro único entretenimiento —dijo Ekva—. En nuestros vuelos por el espacio, la mente necesita recreo. Nosotros recurrimos a esto. Es nuestra «cultura» recreativa. Es música, teatro, cine a nuestro gusto. No hay repetición de escenas, ni de notas, ni de personajes. Está controlado por un cerebro superelectrónico.

»Y lo más singular es que, en la esfera que ven ustedes ahí enfrente, se reproduce todo, sin ninguna ayuda. Nosotros no sabemos lo que va a suceder… Siéntense ahí, por favor. Creo que cabrán todos.

Se acomodaron todos en el cómodo asiento reclinable. Ekva pulsó un conmutador de la coraza de su pecho y la esfera se iluminó con vivos colores, quedando la sala del «recreator» tenuemente iluminada.

Una voz musical, que cada uno de los presentes escuchó en su respectivo idioma, surgió entre los colores de la esfera.

—La música en cadencias de On-Aron, interpretada por «vrimas» de raza «santefa».

—Esto lo debió recoger nuestro cerebro cultural en alguno de los mundos que hemos visitado… Vean, vean —habló Ekva.

Los colores se borraron, ¡apareciendo una fila de pequeñas figuras humanoides, provistas de curiosos instrumentos de música, en un paisaje rojizo, maravilloso y fascinante!

Parecían seres vivos de otro mundo, interpretando una pieza musical de gusto impresionante y fantástico. Lo veían como si se estuviese realizando allí mismo.

—Esto no lo había visto yo —aclaró Ekva—, aunque estuve en Ong-Aron hace ciento veinte mil años. Mientras nosotros circunnavegamos un planeta, el «recreator» capta estas imágenes para luego mostrárnoslas. Y aunque nos alejemos del lugar donde sucedió esto, las ondas siguen las escenas…

—Pero ¿pueden repetir algo que les haya gustado y ya visto anteriormente? —preguntó un científico del grupo.

—Sí, desde luego. Dirigimos los mandos del «recreator» desde estos controles que llevamos al pecho. Son células fotoeléctricas muy sensibles.

—¿No tiene alguna grabación de Antala? —preguntó Hugo.

—Sí. Véanla —dijo Ekva, presionando un pulsador de su coraza pectoral.

Los «vrimas» de On-Aron desaparecieron entre colores, y en su lugar apareció la panorámica de una extraña y singular población, por la que transitaban seres semejantes a Ekva.

La arquitectura de aquellas construcciones oscuras era insólita,

confusa, sorprendente como todo lo que estaba viendo, tanto dentro de la curiosa nave espacial como sus propios tripulantes. Había edificios cubiculares, piramidales, con plataformas incrustadas, como si le hubiesen puesto aditamentos secundarios a formas geométricas poliédricas.

Las vías que se captaban en aquella panorámica móvil formaban algo así como largos escalones, de dos metros de anchura, proporcionalmente, por los que se movían los seres humanos, deslizándose con algo parecido a patines dentro de unas ranuras.

Esto llamó la atención a Hugo, que preguntó:

—¿Acaso no andan?

—Propiamente dicho, no —contestó Ekva—. Se mueven sobre fisuras electromagnéticas. Vean que los de la derecha van todos en una dirección, mientras que los de la izquierda van en otra. Los zapatos llevan pequeños encastes que entran en las fisuras. Se puede ir más deprisa o menos, según se desee. Y también se pueden sacar los pies de esos estrechos pasillos para ascender a otros escalones.

»Ese procedimiento era muy antiguo cuando nosotros abandonamos «Kreo» y permite caminar sin cansancio en torno a las vías públicas.

Ekva explicó muchos pormenores acerca de su curiosa ciudad. Les mostró el singular edificio del Consejo, los centros de estudio y enseñanza, las fábricas del subsuelo, en donde se construía todo lo que era necesario, previo consentimiento de sus superiores.

—Cada «kreo» dispone de un alojamiento particular. Luego existen los edificios públicos y oficiales, que pertenecen a todos, y en donde se exige un mayor respeto…

—Está usted hablando como si todo eso existiera —replicó Hugo van Hoorn, con una sonrisa.

—Tiene que existir —contestó Ekva—. Tengo el presentimiento de que, sea cual sea la razón por la que Antala haya desaparecido, tanto por su forma como por su protección cupular, nuestra ciudad debe seguir intacta… ¡Y hemos de encontrarla!

—¿Qué harán, si la encuentran?

—Eso, más que de nosotros, depende del acuerdo que tomen sus respectivos gobiernos en la Asamblea de las Naciones Unidas —

replicó Ekva.

—¿Qué es lo que quieren ustedes?

—Nuestro deseo es restaurar nuestra civilización. Comunicarles a ustedes nuestros adelantos y compartir todos el bienestar que los conocimientos adquiridos por nosotros pueden proporcionarles.

—Existe un abismo entre ustedes y nosotros, Ekva —intervino Eva Wulf, con cierta nostalgia—. Eso es un problema. Los seres humanos actuales no son como ustedes.

—¿No es factible una coexistencia?

—Nosotros somos mortales y ustedes no. Eso es suficiente para que, dentro de nuestros sistemas, se cree el malestar popular. Nuestra historia está plagada de guerras por desproporciones más insignificantes.

—¿No son ustedes hermanos de raza? —preguntó Ekva—. ¿Por qué han de guerrear entre sí?

—¡Eso quisiera saber yo! —exclamó Hugo, con desaliento.

—Nosotros no permitiremos más guerras —contestó Ekva.

—¿Y cómo van a impedirlo?

—Tenemos medios de disuasión muy poderosos. Armas capaces de paralizar a la humanidad entera.

—¿Dónde están esas armas?

—No las hemos traído. No es necesario emplearlas. Estamos seguros de convencerles a ustedes por medios persuasivos. Hasta ahora, como pueden ver, pretendemos solo utilizar medios pacíficos, de amistad y sinceridad. Pero si nos viésemos en peligro, emplearíamos nuestros medios más coercitivos y les convenceríamos de que es conveniente estar a bien con nosotros.

Hugo van Hoorn tuvo el presentimiento de que aquello significaba una amenaza. Y frunció el ceño. Quizás, la entente cordial terminase pronto… ¡Existía un abismo de diferencias entre los «kreos» del pasado y los actuales moradores de la Tierra!

Capítulo IV

HABÍA sido una jornada muy laboriosa para los miembros de la Comisión Mixta nombrada por la UNESCO para informar acerca de los cuatro supervivientes de la antigua raza «kreo». Después de la cena, los hombres de ciencia se retiraron a sus apartamentos, a poner en orden sus datos o descansar.

Hugo y Eva cenaron juntos y luego dieron un paseo en torno a los apartamentos instalados para ellos, y apoyándose en una barandilla, ante un jardín.

—Toda la tarde he estado pensando en lo que dijo Ekva, Eva —habló Hugo.

—¿Respecto a mis sentimientos hacia ti? —preguntó ella, sonriendo alegremente.

—Sí. ¿Qué quiso decir exactamente? —insistió él.

—Dijo que unidos, formaríamos una buena pareja —musitó ella, tomando una mano a él—. La cosa está clara. Ekva puede leer mis pensamientos. Tú, no.

—¿Te intereso, Eva?

—Sí.

—Tú también me gustas mucho. ¿Por qué negarlo? Pero me parece que todo ha sido demasiado precipitado… No nos conocemos.

—¿Hace falta que se conozcan dos personas para que se sientan atraídos? —interrogó Eva, en voz baja.

A la luz que llegaba de las farolas de la base, Hugo vio los ojos grises de Eva mirándole con intensidad. La tomó de los brazos y acercó su rostro al de ella.

—¿Quieres que hagamos la prueba del amor?

—Sí, Hugo… Pensarás que una mujer que hable como yo, lo hace por frivolidad. Y no es cierto. Hace tiempo que te admiro.

—Eres muy bonita, lo reconozco. Sentiría equivocarme contigo, Eva. Confieso que nunca he tratado íntimamente con una chica… Alguna vez debía ser la primera. Pero… Son demasiadas cosas en tan poco tiempo… Los «kreos», tú, todo esto…

—¿Por qué no me besas, Hugo? —suplicó ella.

—Aguarda. No soy un hombre impulsivo. Incluso acerca del amor debo reflexionar, aunque mi corazón me esté pidiendo a gritos que te bese.

—¿Por qué no cierras los ojos a la lógica y te comportas como un hombre corriente?

—¿Han habido otros hombres en tu vida, Eva?

—¿Te importa el pasado?

—No deseo hacerte infeliz. El pasado no cuenta, pero la sinceridad debe existir siempre.

—No, Hugo. En mi vida no existe el amor. He conocido a muchos hombres. E incluso creí estar una vez enamorada de un muchacho, en la Universidad. Fue una ilusión pasajera. Por ti siento de distinto modo.

«Cuando supe que iba a viajar contigo en el «Súper-Concord», elegí mi atuendo más llamativo y provocador. Quería impresionarte.

—¡Y lo has logrado, Eva!

—Me siento feliz. Y doy gracias a Ekva por haberte revelado mis sentimientos. Quizás yo no habría tenido valor para hacerlo. ¡Y tú, absorto en tu trabajo, no te habrías dado cuenta!

—Quedé muy decepcionado anoche, al no verte en «Hilltrop». Bueno, pero hoy me he desquitado. ¿Qué te han parecido esos individuos?

—Deja ahora a Umtali y sus compañeros. Sigamos hablando de nosotros,

Hugo no tuvo más remedio que dejarse llevar por el corazón. Besó a Eva y sintió hervir su sangre con la fuerza del amor. Eva era adorable, encantadora y femenina.

Se acariciaron, hablaron de todo, hasta de nimiedades, y

estuvieron junto a la puerta del apartamento de ella hasta muy tarde. Al fin no tuvieron más remedio que separarse. Eva apenas había dormido la víspera y se caía de sueño, pese a la felicidad que la envolvía.

Al fin, decidieron separarse, deseándose las buenas noches.

—Adiós, amor mío —musitó Eva, abriendo ya la puerta de su apartamento.

—Buenas noches, cariño.

Se volvieron a besar, largamente, y luego él se marchó, dejando a la joven como si estuviese flotando en una nube rosada y deliciosa. Penetró en su cabina, sin encender la luz y no cerró la puerta.

En la oscuridad, soñando con Hugo, se desvistió y se puso el pijama que un camarero había dejado sobre el edredón. Ya estaba dormida cuando se metió en el lecho y cerró los ojos.

¡Eva no había visto a un ser que estaba sentado en una butaca, dentro de su misma habitación!

* * *

Creyó estar soñando. Y, en verdad, no podía decir que fuese realidad lo que vio y oyó.

Todas las escenas tenían lugar en su mente. Se encontraba, o eso creyó, en una salita del extraño aparato espacial utilizado por los «kreos» para llegar a la Tierra.

Estaba sola, frente a Ekva… ¡Y este sonreía al hablarle!

—Ha sido muy grato para mí ver a una mujer entre esos pobres científicos.

—¿Pobres? —se sorprendió Eva, ofendida—. Yo también soy una respetada mujer de ciencia. Mis estudios son bien conocidos.

Ekva siguió sonriendo.

—Vuestra ciencia es muy rudimentaria. Es, según palabras del historiador Lindsay, como si un químico de vuestra época estuviese hablando profesionalmente con un alquimista de la edad media. Os creéis saber mucho y no sabéis nada.

—Nosotros no hemos llegado a vuestra cultura —replicó Eva.

—Ni llegaréis jamás. Sois lo más imperfecto que he visto de cuantos mundos habitados he conocido. No tenéis ni siquiera

orgullo de raza.

La mujer sintió que sus mejillas ardían.

—No diga eso. Ekva. Tenemos la rémora histórica. Nuestro pasado es la historia de la experiencia. Sacamos provecho de todas las lecciones que nos da la historia.

—¡Error tras error! La vida es un estudio matemático. El pasado está muerto. Fue, ya no es —pareció gritar Ekva, que, ¡cosa singular: movía los labios al hablar!

Eva no sabía si estaba soñando o no, Pero todo tenía algo de irreal, fantástico y sobrecogedor que la hacía sentir miedo… ¡Un miedo que se iba apoderando de su alma por momento! ¡Aquellos seres serían capaces de todo!

—¿Por qué estoy aquí prisionera de ustedes? —osó preguntar.

—Tengo que hablar contigo. Tú eres la primera mujer de este planeta que hemos visto. Vinimos a esta base militar, donde todo son hombres y nos ha sorprendido encontrarte entre destacados hombres de ciencia.

—En nuestras ciudades hay infinidad de mujeres —musitó Eva —. Yo no soy la única.

—Sí, lo sabemos. Pero eres la primera que vemos de cerca, que podemos estudiar. Y nos interesa la mujer humana y terrestre como objeto de investigación biológica.

—¿Queréis investigarme? —se sobresaltó fuertemente Eva.

—Sí. Voy a confesarte algo. No somos únicamente cuatro. En «Tlyge» hay sesenta compañeros nuestros que vigilan y esperan nuestro aviso. Nosotros hemos establecido el primer contacto con vosotros y parece que hasta ahora todo va bien.

»Sabemos que vuestra curiosidad es más grande que vuestro temor. Por eso nos estáis estudiando. Y nosotros os dejamos hacer porque sabemos que no nos podéis hacer ningún daño. Aunque este sea nuestro mundo y hayamos estado fuera veinte millones de años, la verdad es que nos habéis quitado el sitio y nosotros queremos recuperar lo que nos pertenece.

»Pero hay más. Nuestros semejantes han desaparecido. Nosotros somos sesenta y cuatro seres que necesitamos sobrevivir en el mundo donde nacimos. No venimos a usurpar nada a nadie, sino a recuperar lo que nos pertenece.

—¡Este planeta es nuestro por derecho natural! —replicó Eva.

—Estás equivocada, mujer. Es nuestro y os lo demostraremos cuando localicemos la ciudad de Antala. Entonces veréis quién es más antiguo en «Kreo». Pero no os vamos a echar de aquí.

La mujer los miró con espanto.

—¿Qué pensáis hacer?

—Exterminaros —contestó Ekva, secamente—, tenemos medios poderosos para lograrlo y no dudéis de que lo haremos.

»Sin embargo, antes, hemos de realizar algunas experiencias. Una de ellas eres tú. Deseamos comprobar si la actual mujer terrestre puede darnos hijos. Es preciso reproducirnos.

—¿Estás loco? —exclamó Eva, alarmada—. Yo no me prestaré a esa… aberración. Vosotros no sois seres humanos, en el sentido exacto y total de la palabra.

Eva se había puesto en pie y buscaba el modo de escapar. De pronto se quedó inmóvil, dominada por el poder mental de Ekva.

—Quédate quieta y escucha, Eva Wulf. Debe ser un honor para ti ser madre de poderosos y longevos «kreos». Estás dominada por mi voluntad y no puedes oponer resistencia.

»Vas a venir conmigo a la nave de exploración. Neutralizaré a la vigilancia y…

—Pero, ¿dónde estoy?

—Aún en tu alcoba. Te he estado esperando mientras tú flirteabas con el profesor Van Hoorn. Aunque te he hecho creer que estábamos en otro lugar. No temas nada. Solo nos interesas desde el punto de vista científico.

»Ahora, vístete y sal delante de mí.

Eva no tenía voluntad para oponerse. Se puso unos pantalones ajustados sobre los del pijama, se cubrió con una chaqueta y un pañuelo y se calzó los pies con zapatos ligeros. Luego, sin replicar, salió del apartamento, seguida de Ekva.

Todo era oscuro, pero real. No había sido un sueño, sino una impresión pasajera. Eva podía pensar, darse cuenta de la terrible realidad, ¡pero no podía hacer nada para evitarlo!

Fue derecha hacia donde estaba el gran cobertizo de lona. Los soldados que montaban guardia allí parecían estatuas. Nadie se movió cuando ella y Ekva cruzaron la entrada, dirigiéndose hacia

donde estaba la nave de tan singulares características.

Una vez allí, por el mismo procedimiento que habían empleado los hombres de ciencia para realizar su visita, o sea subiendo hasta la entrada, al parecer contra toda ley gravitatoria, Eva fue introducida dentro de la nave y acompañada hasta una salita en donde estaba el gigante Umtali esperando.

—Tiéndete sobre esa mesa —ordenó Ekva a Eva.

La muchacha obedeció maquinalmente. La mesa era una especie de camilla de acero, de proporciones similares a las de un «kreo», sobre la que había una pantalla cóncava, que empezó a descender sobre Eva, hasta cubrirla por entero.

—No debes temer nada —habló entonces Umtali, moviendo los labios para expresarse—. Vamos a trasladarte a «Tlyge», donde nuestros compañeros te examinarán.

Ekva había descorrido un fragmento del muro circular y preguntó a su compañero:

—¿Está dispuesto todo para la transmutación a la base?

—Sí. Acciona el reactor.

Ekva presionó un conmutador. Dentro de la cabina en donde estaba Eva empezó a brillar una luz-azul y potente, casi cegadora. Los dos «kreos» hubieron de cerrar los ojos. Luego, se escuchó un zumbido fuerte.

En pocos segundos, la luz se disipó y los dos colosos abrieron los ojos. Dentro de la campana, ¡Eva Wulf había desaparecido!

Los dos antiguos «kreos» se miraron, sin denotar sus emociones.

—Regresa a tu alojamiento, Ekva. Yo llamaré a Grik y le daré instrucciones al respecto.

—Sí. Está bien —dijo Ekva, dando media vuelta y saliendo.

Umtali presionó varios interruptores del tablero y la campana volvió a subir hacia el techo, dejando la mesa desprovista de todo vestigio de manipulación. Cerró luego el tablero y abandonó también la estancia, para dirigirse a la cabina central, de comunicaciones, donde presionó otros conmutadores, hasta lograr que se iluminase una especie de pantalla semiesférica, donde pareció surgir el busto de otro individuo de similares proporciones a las suyas.

—¿Habéis recibido a la doctora Eva Wulf, Grik? —preguntó

Umtali.

—¿Qué dices? ¡No hemos recibido nada! —exclamó el otro, sin alterar ni un ápice la expresión de su semblante.

Umtali no se movió. Miró fijamente al otro y luego dijo:

—Ekva y yo acabamos de enviarla por el transmutador simple. Estaba conectado a vosotros. ¿Has examinado el receptor?

—¡Aquí no hay nada, Umtali! ¡Puedes verlo tú mismo!

La imagen de Grik desapareció de la semiesfera iluminada, apareciendo en su lugar una mesa cubierta por una campana, semejante a la que Umtali y Ekva habían empleado para transmutar a Eva. Y la mesa estaba vacía.

Esta imagen desapareció casi en el acto, para surgir de nuevo el busto del alarmado Grik.

—No lo comprendo —habló entonces Umtali—. Nosotros la hemos enviado… ¡Ha tenido que llegar! ¡La transmutación es instantánea!

—Pues ya ves. Aquí no hay nadie.

—Repasaré los circuitos. Ha podido existir un desarreglo. Pero estos hombres de ciencia no han tocado nada. Estoy seguro. Si cometemos un error y el plan fracasa, no sé qué ocurrirá.

—¡No corráis riesgos innecesarios, Umtali! —dijo Grik—. Si es preciso, buscaremos Antala sin ayuda de esos hombres.

—Eso no me preocupa ahora, Grik. En cambio me inquieta la desaparición de esa mujer. ¿Dónde puede encontrarse?

—Yo también revisaré nuestros circuitos de recepción. Puede que se encuentre suspendida en algún estado dimensional distinto. Y es preciso recuperarla. Sería terrible que ocurriera algo así.

—De acuerdo. Te llamaré dentro de unos minutos.

Umtali, muy preocupado, cerró el contacto de comunicación y regresó a la sala donde habían transmutado a Eva. Allí estuvo bastante rato, repasando el tablero de control.

Pero no encontró fallo alguno. Todo parecía estar en perfectas condiciones. Hasta el más insignificante contacto electrónico se encontraba limpio y útil. Sin embargo, Eva Wulf no apareció.

* * *

El físico de la Universidad de Upsala, Mark Reinham, y

presidente de la Comisión Mixta, llamó, muy temprano, a la cabina ocupada por Hugo van Hoorn, quien estaba levantado ya, afeitándose, en el lavabo.

Ante la expresión de incertidumbre del físico, Hugo exclamó:

—¿Qué ocurre, profesor?

—¿Dónde está la señorita Wulf?

—¿No está en su apartamiento? —retrucó Hugo.

—No. Nadie la ha visto.

Inmediatamente, Hugo se lanzó al exterior, a medio vestir. Penetró en el apartamiento de Eva y lo revisó todo.

—No lo comprendo. La dejé anoche en la puerta y…

—La puerta estaba abierta. He preguntado en el comedor y no la han visto.

—Avisemos a la jefatura de la base —dijo Hugo—. Nadie ha podido salir de aquí… ¡Y menos raptarla!

Fueron y avisaron al ayudante del general Dawson. Inmediatamente, se anunció por los altavoces interiores. Y como Eva no apareció por ninguna parte, fue preciso buscarla. El propio general Dawson ordenó a un oficial de inteligencia, llamado Bennek, que se encargase del asunto.

Entretanto, era necesario continuar la encuesta con los cuatro colosos «kreos», y, por este motivo, Mark Reinham rogó a Hugo:

—Hágase usted cargo de la secretaría de la comisión, doctor. El maletín de Eva contiene todos los documentos. Las cuatro subcomisiones están trabajando ya.

—Sí, lo sé. Pero yo tengo interés en colaborar con Ekva. Tengo el convencimiento de que podemos encontrar la desaparecida ciudad de Antala. Eso sería una prueba irrefutable de que esos hombres vivieron aquí antes de nacer nuestra civilización.

—Yo no creo que estos hombres hayan habitado la Tierra antes que nosotros, doctor van Hoorn —contestó el físico Reinham—. Sin embargo, debemos llegar al fondo de la cuestión.

—¿Y por qué no pudo existir una civilización antes que la nuestra?

—Es improbable. De todas formas, no creo que a la Asamblea General le guste esa solución.

—¡Tendrán que admitirla, quieran o no!

—Por favor, doctor van Hoorn. Respeto profundamente su trabajo. Sé que a usted le agradaría mucho hallar esos vestigios remotísimos. Es usted un enamorado de su profesión, como yo lo soy de la mía. Pero, dese cuenta de lo que ello significa. No es lo mismo encontrar huellas del pasado inexistente que hallar la prueba de la antigüedad de seres que todavía viven.

—Es mucho más fantástico, lo admito —confesó Hugo—. Pero la ciencia debe encontrar la verdad, aunque nos duela.

—Por encima de la ciencia están los intereses de la humanidad, doctor. Yo hablé con el señor Malcom, y él sustenta la teoría de que estos individuos proceden de otro planeta y han venido aquí con algún fin determinado, que no puede ser beneficioso para nosotros.

—¡Su ciencia es muy avanzada, profesor! Eso sería un bien para nosotros…

—No esté usted tan seguro. El poder siempre ha significado opresión. Es ley inmutable de la naturaleza que el poderoso oprima al débil. Como también es ley universal que el débil tiene obligación de defenderse. Y en eso estamos. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que pulsar a esos hombres para ver hasta qué punto pueden beneficiarnos o perjudicarnos.

»En principio, el Secretario General, y yo comparto su opinión, teme que esos hombres estén haciendo lo mismo que nosotros hacemos: escarceos de poder, averiguaciones. El procedimiento empleado por ellos es inteligente. Han venido a nosotros poniéndose en manos de las autoridades. Estaban seguros de que nadie les haría nada hasta no saber quiénes son. Si resultan inofensivos como bebés, no los trataremos mal. Pero si son fuertes y poseen armas capaces de dominamos o destruimos, estamos en nuestro deber de defendernos.

»Pero observe que todos nosotros a su lado, nos sentimos niños, tanto en lo físico como en lo técnico. Y habremos de comunicarlo así a la Asamblea General, que espera nuestro informe.

»Nosotros somos hombres de ciencia. Pero los políticos están prevenidos. Son más fríos y calculadores. Y no se les escapa que esos sujetos, capaces de leer nuestras mentes, son una auténtica amenaza.

—Amenaza o no, hasta ahora no he visto más que deseos de colaboración —argumentó Hugo.

—Yo no puedo decir lo mismo que usted, Van Hoorn —se lamentó Reinham—. Será debido a que nuestras disciplinas son distintas. Ekva colabora con usted abiertamente, porque le interesa encontrar la ciudad de Antala… En cambio, Umtali no parece muy dispuesto a darme fórmulas del método que emplean para invertir los campos gravitatorios. Alega que no estamos en condiciones de comprenderlo… ¡Y me consta que un solo dato aclaratorio sería suficiente para revolucionar nuestra ciencia y, quizá, convertirnos en tan poderosos como ellos! ¿Se da usted cuenta de la malicia?

»Y, por si fuese poco, temo que la desaparición de Eva Wulf tenga alguna nefasta relación con esos sujetos. Por eso le reitero que debemos ser precavidos y continuar nuestra labor como si nada hubiese ocurrido.

»Hay que tener los ojos muy abiertos. El general Dawson está advertido y sus hombres nos protegen. Confiemos en Dios.

Capítulo V

EKVA parecía tan inmutable como el día anterior. Contestó a todas las preguntas que le hicieron los miembros de la subcomisión y colaboró en los cálculos que efectuaron, a fin de localizar el lugar donde debía encontrarse Antala.

Durante aquellas profundas deliberaciones, Ekva se dirigió a Hugo y le indicó un punto del mapamundi que tenía en el muro.

—Usted tenía razón, doctor… ¡Antala debe de encontrarse aquí, exactamente, a treinta y dos millas del actual Monte Marra, en la región de Dartur, Sudán Occidental!

—¿Cómo ha efectuado los cálculos?

—Por medio de un cerebro electrónico, como lo llaman ustedes. Lo verificó mi compañero Umtali anoche.

—De modo que esa ciudad se encuentra allí, bajo las arenas del desierto. Pero ¿a qué profundidad?

—Eso no lo sabemos, naturalmente —replicó Ekva, para añadir inmediatamente—. Le encuentro muy preocupado, doctor. ¿Qué le ocurre?

—Es extraño que pregunte usted eso, poseyendo la facultad de leer en la mente de todos.

Ekva no replicó inmediatamente. Miró a Hugo con fijeza y luego replicó:

—Usted ignora que he decidido, por afecto personal, no penetrar en el secreto de sus pensamientos. Quizá no lo crea, pero es así. No me costaría nada escudriñar su mente con mis ondas sensoriales, muy desarrolladas. Pero estimo que es incorrecto. Le ruego, pues, que me confíe su inquietud. Tal vez pueda ayudarle.

Hugo también miró a Ekva con fijeza. Sentía una inquietud creciente después del cambio de impresiones que sostuvo con el profesor Reinham. Sin embargo, no compartía por entero los temores del presidente de la Comisión Mixta.

—Disculpe, Ekva. Pero la desaparición de la doctora Eva Wulf me tiene inquieto. ¿Sabe usted algo de ella?

—No. Debe de encontrarse fuera de la base. De estar aquí, la longitud de nuestras ondas sensoriales la habrían captado y nosotros habríamos dicho al general Dawson dónde se encuentra. —Ekva hablaba con tranquilidad. Y siguió diciendo—: Son ustedes muy extraños, sin duda. Poseen una organización bastante rústica, pero bien montada.

»Si esa mujer es libre de hacer lo que quiera, ¿por qué se preocupan por ella? ¿Qué concepto es ese de la libertad?

—Eva no ha podido irse sin motivo —replicó Hugo—. Además, alguien la habría visto. La base está vigilada.

—Sí, muy vigilada. Y, por si fuese poco, sabemos que han instalado bases de proyectiles teledirigidos que nos rodean por todas partes. Esa desconfianza de ustedes les puede perjudicar.

«Nosotros no tenemos intenciones ocultas respecto a ustedes. Hemos venido aquí porque de aquí partimos antes de que esta civilización existiera. Yo no creo que un hermano nuestro saliera de Antala y fuese el antepasado de ustedes. La ciencia que poseíamos no se habría perdido.

«Creo que Antala debió quedar destruida por algún cataclismo y ustedes vinieron después, por un proceso de ambientación natural evolutivo.

«Por favor. Volvamos al trabajo. Olvide a la doctora Wulf por el momento. Ya aparecerá. No me extraña que una mujer tan bonita haya logrado convencer a la vigilancia para salir a dar un paseo.

Hugo se dijo que no debía discutir aquella cuestión con Ekva. Empezaba a temer que el físico Reinham tuviese razón… ¡Ekva y sus compañeros podían ser enemigos poderosos!

—Sí —dijo—, otros la buscarán. Nosotros debemos estudiar detenidamente el lugar en donde se encuentra Antala.

Volvieron a la mesa, donde el geólogo Albert Mc Neil y un sismólogo estudiaban un amplio mapa de la región del Monte

Marra.

—Estudios efectuados en esta región, revelan que la estructura de este terreno es originaria de un período comprendido entre el oligoceno y el eoceno, lo que representa la parte inferior del Terciario.

—Eso significa que pudo producirse un cataclismo en aquella época, cifrada entre los cincuenta y los veinte millones de años —añadió el historiador Lindsay.

—De acuerdo —admitió Ekva—. El Monte Mana no existía entonces. Debió surgir a consecuencias del cataclismo que sepultó Antala. La cordillera de montañas que rodeaban nuestra metrópoli se hundió y el mar ocupó su lugar.

—No hay ningún mar en esta zona —objetó Hugo.

—Había uno en las proximidades —repuso Ekva—. Entonces, aquello era la región septentrional del globo. Sucesivas inclinaciones del planeta, en su inmutable bamboleo, lo convirtieron después en el trópico. Por eso se secaron los mares del interior del África actual.

»No debemos olvidar que Europa, América y África formaban un solo bloque.

Fue preciso discutir profundamente aquella teoría. El geofísico Mc Neil sacó a relucir teorías semejantes, expuestas años atrás por geólogos ya desaparecidos. Se hizo historia del caso y, al final, se admitió que los cálculos efectuados por Ekva podían ser correctos.

—Bien. Admitido que Antala se encuentra en el punto que hemos señalado, a treinta millas del Monte Marra —dijo Hugo—. Ahora, ¿qué?

—Se podría intentar la perforación hasta una profundidad de seis mil metros —dijo Mc Neil—. Yo puedo realizar sondeos radioeléctricos preliminares y constatar si existen zonas metálicas.

—¿Pueden ustedes perforar el suelo y descender a seis mil metros? —preguntó Ekva, en un tono que hizo pensar a Hugo en la posibilidad de la sorpresa oculta.

—Sí, naturalmente. Se trata de llevar a este lugar un equipo de prospección petroquímica. La Sonda «Hall» practicará el agujero de un metro de diámetro. Incluso podremos descender en una cabina acondicionada.

—¿Y qué hemos de hacer para realizar esa perforación? —preguntó Ekva.

—En primer lugar, someter este estudio a la Comisión Mixta. Luego, a la Secretaría de la UNESCO. Y si es aprobada la propuesta, contratar los servicios de un equipo de técnicos que se encargarían de transportar la Sonda «Hill» hasta este lugar, para iniciar los trabajos.

«Naturalmente, antes de hacer nada, alguien deberá efectuar sondeos radioeléctricos «in situ» y comprobar que existen indicios suficientes para justificar la perforación.

—¿Cuánto tiempo puede tardarse en realizar esas comprobaciones?

—Un viaje al Sudán se hace en un día. Los trabajos pueden durar dos o tres días. Luego, mientras se aprueba el informe en los distintos organismos oficiales… Bueno. Creo que el año próximo podría llevarse a cabo.

—Nosotros no estamos dispuestos a perder tanto tiempo —dijo Ekva—. Con los datos que poseemos, nos trasladaremos en nuestra nave a esa región y efectuaremos los sondeos radioeléctricos nosotros mismos. Incluso podemos emplear desintegradores y efectuar un agujero en el suelo, que nos permita alcanzar Antala, que no puede estar a seis mil metros de profundidad, ni mucho menos.

—Ustedes no pueden hacer eso —replicó Hugo, secamente—. No están en su mundo. Nosotros tenemos gobiernos y asambleas que decidirán lo que es conveniente hacer.

—¡Yo estoy persuadido de que Antala se encuentra en este lugar, y lo exploraremos inmediatamente, con permiso de ustedes o sin permiso de ustedes! —declaró Ekva, solemnemente.

Hugo también se puso en pie.

—Le ruego que no se precipite. Déjeme consultar con el presidente de la Comisión Mixta. Luego le responderé.

—Bien, vaya usted a verle. Yo también deseo cambiar impresiones con mis compañeros Durha, Croz y Umtali —replicó Ekva, casi cortante.

* * *

Hugo van Hoorn se encontró al físico Mark Reinham en un despacho de la jefatura de la base, sosteniendo una conversación particular y secreta con un capitán de inteligencia, que le fue presentado como Fred Bennek.

—El capitán Bennek me estaba informando acerca de las investigaciones realizadas en torno a la desaparición de Eva Wulf —explicó el profesor Reinham.

—¿Ha sabido usted algo, capitán? — inquirió Hugo, con acento vehemente.

—Muy poca cosa. Pero hay algo significativo —habló Bennek—. Anoche, a la una, aproximadamente, ocurrió un leve incidente ante la entrada principal del pabellón de lona donde se guarda la espacionave de esos seres.

»A las cero una horas, la guardia recibió una ración de café. Por descuido, uno de los termos fue vertido durante el reparto, quedando el suelo manchado y húmedo.

»De esto me he enterado hace poco. La guardia asegura que nadie pasó por allí… Y, sin embargo, hay huellas que conducen al interior del pabellón. Huellas de los zapatos de Eva Wulf y del calzado que utilizan los «kreos».

—¿Qué significa eso? ¿Entró Eva Wulf en el pabellón sin ser vista por la guardia? —preguntó Hugo.

—Significa que la guardia no la vio entrar, sencillamente —dijo Reinham—. Esos seres pueden neutralizar las mentes, dejar paralizada la guardia y pasar ante ella sin ser vista. Eso es lo que deducimos el capitán Bennek y yo… Por favor, capitán, siga vigilando.

Fred Bennek salió y Hugo explicó a Reinham lo sucedido en la subcomisión, sin omitir nada, ni siquiera la cuestión personal y el cambio de palabras que sostuvo con Ekva, referentes a Eva Wulf.

—Me temía eso, doctor van Hoorn. Quieren, por encima de todo, encontrar Antala. Y creo que es conveniente facilitarles los medios para que lo logren. No estamos en condiciones de precipitar los acontecimientos. Esta misma tarde vendrá el Secretario General a verme.

»Todo el mundo está impaciente por saber más acerca de esos visitantes llegados del infinito. Las miradas del mundo entero están fijas en la base de San Antonio, porque saben que aquí se fragua el

porvenir de nuestra vieja humanidad.

»Yo no puedo tomar decisiones, como usted comprenderá. Por eso, lo mejor es esperar, ganar tiempo, no provocar reacciones imprevisibles y ser prudentes.

Hugo hubo de admitir que Reinham tenía razón. Se retiró con el temor ya metido en el cuerpo. Y como era casi hora de comer, fue al comedor, donde algunos científicos ya estaban allí, conversando y cambiando opiniones.

También se comentaba la extraña desaparición de la secretaria de la comisión, doctora Eva Wulf. Y hasta alguien preguntó a Hugo si sabía algo de ella.

—No. Estoy muy preocupado. ¡Y espero que no le haya sucedido nada!

El profesor Reinham no acudió a comer. Hugo observó su ausencia. Luego, mientras tomaba café en un salón contiguo al comedor, con otros sabios, supo que había llegado el Secretario General de la UNESCO y que celebraba una reunión con Umtali, Reinham y el general Dawson.

Esto era cierto. Cuando acudió Hugo a la sala donde trabajaban con Ekva, este no acudió. Fue a buscarle al alojamiento especial que tenían los cuatro kreos», en un edificio contiguo a la jefatura, y se encontró allí con un nutrido grupo de soldados armados con fusiles electrónicos de rayos «láser», que no dejaron acercarse a nadie. Un oficial dijo a Hugo:

—Tenemos órdenes de no dejar entrar ni salir a nadie. Uno de ellos está conferenciando con el general Dawson, el Secretario General y el profesor Reinham.

A través de una ventana, Hugo pudo ver el rostro inexpresivo de Durha, mirándole.

Decidió ir a la jefatura de la base, por si el profesor Reinham le necesitaba para algo. Le habían nombrado secretario de la Comisión Mixta, a raíz de la desaparición de Eva.

Fue allí y dijo al capitán Bennek, que esperaba en el antedespacho del general Dawson:

—Me quedaré aquí por si el profesor Reinham me necesita.

—Llevan hablando más de un cuarto de hora. Han dado órdenes de que no les moleste nadie. Puede usted sentarse, si lo desea.

Hugo tomó asiento en una butaca. Y no hubo de esperar mucho más. A los cinco minutos justos, la puerta del despacho del general Dawson se abrió para dar paso a los conferenciantes. Umtali fue el primero en salir, agachándose ligeramente, dada su elevada estatura. El Secretario General, Malcom, salió tras él, seguido del profesor Reinham y el general Dawson. Todos parecían graves.

Al ver allí a Hugo, Reinham exclamó:

—Ah, doctor Van Hoorn. Me alegro de que esté aquí… Dada su calidad de arqueólogo, usted y cinco profesores más formarán parte de la expedición que habrá de partir inmediatamente para El Fasher, en el Sudán.

Al oír aquello, Hugo no supo si alegrarse o apenarse.

—¿Hoy mismo?

—Sí. Que le acompañe el geofísico Mc Neil, el sismólogo Yuki Toyamo y los que usted estime convenientes. Yo me ocuparé de la secretaría de la Comisión… El Secretario General le dará instrucciones.

Malcom era un reputado médico, de fama universal, muy introducido en política y hombre que había luchado por la cultura y la educación de todos los pueblos. Alto, distinguido, grave y seguro de sí mismo, tenía un gran tacto en el trato con las personas y era remarcable en él su sencillez.

Tomó del brazo a Hugo, con familiaridad y le llevó hacia el despacho del general Dawson.

—Doctor Van Hoorn, siento por usted una gran estima. Leí sus trabajos acerca de los descubrimientos de Swahili, y sé que es uno de los más brillantes arqueólogos de nuestra época. Le confiamos, pues, la misión de encontrar la ciudad sepultada de Antala. Según el profesor Reinham han localizado ustedes su situación.

»Nos interesa encontrar esa ciudad. Pero nos interesa mucho más ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo? —preguntó Hugo, extrañado.

—Sí. A todo trance, la Asamblea General de las Naciones Unidas, necesita tiempo. Pues bien, las exigencias de esos individuos nos da el tiempo que nos hace falta. Dos de ellos, Umtali y Durha, vendrán conmigo a Nueva York. Los otros dos, Ekva y Croz, le acompañarán a usted al Sudán. Vamos a disponer una gran

nave para su traslado. Llevarán allí sus equipos y una escolta conveniente.

»No le quiero ocultar el peligro que puede esto representar para usted y sus compañeros. Ignoramos lo que va a suceder en las próximas cuarenta y ocho horas. Umtali y Durha hablarán ante la Asamblea General y se definirán sus propósitos. Esperemos grandes revelaciones. Pero también esperamos de ustedes que sabrán estar a la altura de las circunstancias.

—No acabo de entenderle, señor Malcom.

—Irá con ustedes un grupo de protección, al mando del coronel D'Orly. Él recibirá instrucciones particulares. Usted será el jefe de la operación científica, y D'Orly será el jefe de las operaciones militares… ¡Si son necesarias!

—¿Teme usted que sea necesario ejercer la violencia?

—Puede que sí. Tenemos motivos para creer que ellos han iniciado la lucha, raptando a la señorita Wulf. Umtali nos ha dicho que no sabe nada de ella.

—¡Ellos la han secuestrado! —exclamó Hugo.

—Posiblemente —admitió el señor Malcom—. Sin embargo, una persona no cuenta. Somos muchos millones de seres los que corremos peligro. Trabajamos con celeridad increíble, tanto aquí como en el resto del mundo. Se está intentando registrar el satélite «Tlyge» y anticiparnos a lo que puedan tramar esos individuos. Ignoramos si han venido solos, como dicen, o les acompañan otros que están al acecho.

»De todas formas, y pase lo que pase, debe usted colaborar para que la humanidad tenga oportunidad de defenderse. Y su trabajo consiste en colaborar con esos individuos en el Sudán. Para ello tendrán todo lo que necesiten. Se enviarán técnicos y un equipo completo de Sonda «Hall».

»Ustedes trabajarán de verdad. ¡Y nosotros ganaremos el tiempo que tanto necesitamos para estar seguros de no cometer ningún error!

—He comprendido, señor. Cuente usted con mi más absoluta y firme colaboración.

—Gracias, doctor Van Hoorn. Le estoy muy reconocido… Me ha dicho el profesor Reinham que sentía usted un especial interés por

la doctora Wulf, ¿no es así?

—Así es, señor Malcom.

—Confiemos en que aparezca pronto. Lo deseo de todo corazón.

Hugo se despidió del señor Malcom y fue al encuentro del profesor Reinham, quien le acompañó a la sala de la subcomisión, para hacerse cargo de los documentos pertenecientes al grupo. Allí, nombraron a los cinco científicos que debían acompañar a Hugo.

Luego llegaron Ekva y Croz.

—Umtali nos ha dicho que todo ha sido resuelto —habló Ekva, en tono satisfecho—. Yo he dicho que podíamos ir en nuestra espacionave. Pero ustedes se han opuesto a que nuestra nave salga de aquí.

—Yo no he intervenido en eso —replicó Hugo.

—Yo, sí —dijo Reinham—. Van a una región desértica y árida, donde el calor causará efectos perniciosos entre los técnicos que han de trabajar allí. Ustedes dos pueden adaptarse fácilmente a todo, pero nosotros necesitamos tomar precauciones. Por eso hemos de trasladar allí los equipos necesarios.

»Eso no se puede hacer en su espacionave. Es mejor que vengan ustedes dos con nosotros, a que cien hombres vayan con ustedes.

—De acuerdo, de acuerdo —replicó Ekva—. Así me lo ha comunicado Umtali. No tienen que preocuparse. Estamos a su disposición. Será interesante ver cómo trabaja un equipo técnico en una exploración arqueológica.

—Puede tener la completa seguridad de que si Antala está en la zona que hemos señalado, la encontraremos —afirmó Hugo.

—Perfectamente. Nosotros también necesitamos recoger algún equipo de nuestra nave. Nos veremos a la hora de partir.

—No se entretengan. Todo estará preparado dentro de una hora.

Ekva y Croz se miraron y salieron. No se inmutaron al ver que les seguían un grupo de soldados armados.

Efectivamente, media hora después, en el campo de experiencias de la base, tomaba tierra una aeronave de transporte militar. El coronel D'Orly, que era un hombre de unos cuarenta años, joven y fuerte, tenía ya la lista de los hombres que iban a acompañarle a la región de Dartur.

Saludó cortésmente a Hugo van Hoorn, a quien prometió

estrecha colaboración y remarcó:

—Por lo que pueda ser, mis hombres van equipados con las armas más modernas.

También se embarcó el equipaje de los científicos, o sea el que les habían facilitado en la base militar, así como los aparatos tecnológicos que necesitarían para su exploración preliminar. Por otra parte, de la compañía Hill, situada en Galvestone, saldría un avión gigante, con sesenta toneladas de equipo de sondeo y un grupo de cincuenta técnicos, que se reunirían con ellos en El Fasher, la población sudanesa más próxima a Monte Marra.

A la hora prevista, todo estaba dispuesto. Umtali y Durha vinieron a despedirse de sus dos compañeros, quienes subieron al aparato tranquilos como si fuesen los que dominaban la situación.

Y, en realidad, así era. El poder de aquellos hombres era tal, que a un simple deseo, podía inmovilizar a todos los componentes de la expedición, dejándoles insensibles o como transformados en estatuas.

Y esto era lo que preocupaba a Hugo van Hoorn, porque estaba convencido de que Ekva y Croz podían hacerlo.

¿Lo harían?

Capítulo VI

EL viaje transcurrió sin incidente. Lo realizaron sin escalas, gracias al absoluto dominio y autonomía de vuelo del transporte aéreo, cuyo comandante dominaba perfectamente su oficio.

En siete horas cruzaron todo el continente americano, el Atlántico y parte del continente africano, para ir a tomar tierra en el aeródromo de El Fasher, donde las autoridades locales ya estaban advertidas y preparadas.

Efectivamente, una serie de vehículos adecuados para viajar por el desierto, les aguardaban. Las tropas fueron instaladas en camiones mixtos, muy rápidos, y los científicos, junto con los dos «kreos», viajaron en una especie de moderno autocar.

En otros vehículos iban las tiendas y el material técnico.

Hugo dejó allí a un miembro de la expedición para que se hiciera cargo, en su nombre, de todo lo que fuese recibiendo. En primer lugar, como era lógico, debían efectuar las exploraciones preliminares, consistentes en sondeos radioeléctricos, a cargo del geofísico Albert Mc Neil y del sismólogo japonés Yuki Toyamo.

Desde El Fasher hasta la zona elegida por la subcomisión investigadora había bastantes kilómetros. Era preciso tomar la carretera de Nyala, distante unos cien kilómetros. Luego, ya sobre el desierto, en la zona sur del Monte Marra, dirigirse hacia Kubbum, otra aldea bastante poblada, lugar donde antiguamente había existido un mercado de esclavos. El lugar que buscaban se encontraba al norte de esta última localidad, pero cincuenta kilómetros antes de llegar a Zalinger.

Era un paseo bastante largo y que les empleó casi todo el día de

viaje, pese a las continuas protestas de Ekva, quien afirmó:

—Esto es una pérdida irreparable de tiempo, doctor Van Hoorn. Con nuestra espacionave habríamos llegado aquí en pocas horas.

—¿Cuántos? —preguntó Hugo,

—¿Cuántos qué? —pareció sorprenderse Ekva.

—¿Cuántos de nosotros habríamos podido venir?

—No necesitamos tanta tropa ni tanto equipo.

—Ustedes, tal vez no. Pero nosotros sí. Conocemos bien estas latitudes. Pero si le resulta incómodo el viaje, puede volverse.

Molesto, pero sin denotarlo, Ekva volvió a su asiento y cambió impresiones con Croz, sin que nadie pudiera oírles.

»Están haciendo las cosas deliberadamente así. Conocemos sus intenciones… ¡Pero están locos! —dijo Ekva a Croz, mentalmente.

»No debes preocuparte de nada. Recuerda lo que dijo Umtali. Nada pueden hacernos. Dominamos por entero la situación al poder escudriñar sus primitivas mentes. Ni los soldados armados nos pueden atacar.

»¡Es que me fastidia su pérdida deliberada de tiempo! —insistió Ekva.

»No pueden hacerlo más rápido. Llevan consigo un gran lastre de equipo y gente. No te impacientes. Umtali también recuperará en Nuevo York el tiempo que perdemos aquí. Así lo dijo. Lo importante es que encontremos Antala.

También era importante para Hugo descubrir los restos de la antigua ciudad sepultada. En las breves paradas que efectuaron para descansar, él y Mc Neil realizaron rápidas exploraciones del subsuelo, valiéndose de los aparatos de sondeo radioeléctrico, sin encontrar vestigios metálicos, óxidos ferrosos u otros metales, sin que pudieran dar idea de la existencia en el subsuelo de un gran yacimiento de mineral, como creían debía ser lo que quedaba de la antigua Antala.

Al fin, sin embargo, llegaron a la zona que el cálculo había señalado. Y allí, sin perder un instante, Mc Neil efectuó las correspondientes comprobaciones.

El resultado fue positivo.

Una superficie metálica, situada a unos dos mil metros, devolvió la onda, después de haber chocado con una superficie densa, que

analizada por medio de comparadores geotérmicos demostraron la existencia de metales férricos.

—¡Estábamos en lo cierto! —exclamó Mc Neil, lleno de entusiasmo.

Hugo van Hoorn también se alegró. Los únicos que permanecieron impasibles fueron Ekva y Croz, aunque el primero manifestó:

—¿Cuándo vamos a iniciar los trabajos de perforación?

—Tan pronto como llegue la Sonda «Hill» y el equipo de técnicos. Mañana mismo, efectuaremos una medición exacta del terreno. El sondeo radioeléctrico nos permitirá levantar el plano del contorno de la plataforma metálica sepultada.

—Nuestra ciudad tenía quince kilómetros, aproximadamente, de diámetro.

—¿Y cuántos habitantes albergaba?

—Doscientos cincuenta mil.

—¿Y todos estaban bajo la cúpula transparente?

—Todos, en efecto.

—¿Cómo entraban y salían de allí?

—Teníamos distintos accesos dobles, a modo de grandes compuertas corredizas, que se encontraban orientadas al norte, sur, este y oeste.

—Desde luego, esas posiciones habrán variado —objetó Hugo—. Lo digo porque si perforamos sobre la cúpula…

—Sería inútil. La cubierta era prácticamente indestructible. Ustedes carecen de herramientas suficientes para perforarla. No sabemos aún, empero, si el cataclismo hundió la cúpula. Pero mis sospechas son que todavía debe mantenerse intacta.

—¿Y estaría también intacta la ciudad?

—Sí —asintió Ekva.

Hugo no estaba tan seguro de aquello. Pero se dijo que sería muy importante si así fuese.

También estaba impaciente. Celebró una entrevista con el coronel D'Orly, a fin de instalar el campamento. Era necesario colocar las tiendas de campaña para alojar a la gente. Y D'Orly ordenó las cosas de suerte que la tienda de campaña destinada a Ekva y Croz quedó situada en medio de las tiendas ocupadas por

sus tropas.

Se colocaron en otro lugar las tiendas con los equipos de exploración que habían llevado consigo y se preparó todo para cuando llegasen los técnicos de la compañía Hill.

Hugo recibió noticias por radio de que el equipo había llegado ya a El Fasher y se encontraba dispuesto para emprender la marcha. Por esto dio la orden de partida, rogándoles que no se entretuvieran mucho tiempo.

Aquella noche, todos estuvieron pendientes de las noticias que llegaban del resto del mundo. Así supieron que en Nueva York, Umtali compareció ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y que hizo un discurso de salutación a todos los delegados de los gobiernos del mundo, deseando establecer buenas relaciones con la humanidad.

Habló de su viaje al infinito, de su origen terrestre y de sus portentosos descubrimientos. En una pantalla de televisión portátil que llevaban en el equipo de reconocimiento geofísico, Hugo y sus compañeros pudieron ver y escuchar a Umtali hablando ante los delegados de la ONU.

Ellos conocían ya casi todo lo que podía decir Umtali y no se extrañaron de nada. Incluso comentaron el significado de sus palabras.

—Según me dijo el profesor Reinham, esos hombres se proponen algo siniestro —habló Hugo—. Ignoro si me están escuchando o no, porque desconocemos el alcance de sus ondas mentales.

»Nosotros no estamos desprevenidos y ellos lo saben. La fuerza militar que nos acompaña es para convencerles de que no estamos indefensos.

»Nuestro propósito es, sin embargo, colaborar con ellos y descubrir, si, en efecto, vivieron aquí. Eso podría cambiar mucho la situación. Ya han observado que Umtali tiene interés en remarcar su ascendencia terrestre. Parece como si se propusiera convencernos que tienen más derecho que nosotros a vivir en nuestro planeta.

—Yo entiendo que La Tierra puede dar albergue a esos hombres —comentó el doctor Yuki Toyamo—. ¿Por qué no pueden vivir donde se les antoje? Hay sitio para todos.

—Me parece que usted no ha profundizado mucho en la cuestión, doctor Toyamo —respondió Hugo—. Un abismo nos separa. Ellos pertenecen a otra civilización, tienen otra mentalidad, otras costumbres. Sería más fácil identificar a orientales y occidentales, como usted y yo, que llegar a un entendimiento entre esos ««kreos» y nosotros.

—¿Por qué? —insistió el japonés.

—Más de veinte millones de años nos separan. La ciencia de esos seres nos puede aniquilar en cualquier momento.

—¿Y por qué han de querer nuestro aniquilamiento?

—Nosotros querríamos conocer su ciencia, ser lo más parecido a ellos. Y no pararíamos hasta lograrlo. Nos tendrían que enseñar muchas cosas que nos harían tan fuertes y poderosos como ellos. Y saben que cuando las supiéramos, las emplearíamos para someterles.

»Saben también que todos querríamos vivir eternamente, y tener muchos hijos, con lo que el universo se nos quedaría pequeño en poco tiempo, debido a nuestro gran crecimiento. Nosotros no nos someteríamos, como ellos, a leyes de natalidad o de esterilidad. Significaría una revolución demasiado grande, para la cual no estamos preparados.

»No niego que podamos adaptarnos y transformarnos. Pero habría de transcurrir mucho tiempo, durante el cual ellos estarían siempre inquietos y nosotros también. Estimo, y así opinan muchos grandes políticos, como me dijo Reinham, que hemos de aclarar pronto nuestros respectivos puntos de vista. Ellos o nosotros haremos algo para zanjar o aclarar la situación.

»Sin embargo, ocurre que las condiciones previas a toda deliberación están puestas en las Naciones Unidas. Necesitan saber con exactitud, si esos hombres vivieron aquí. Ellos también quieren demostrar que, efectivamente, Antala estuvo en este planeta.

Los hombres de ciencia escucharon a Hugo con interés. Y todos terminaron compartiendo su mismo punto de vista. Las razones eran demasiado claras.

—Además, la doctora Wulf ha desaparecido. De ella, nadie quiere hablar. Pero me consta que no la hemos olvidado. Debe encontrarse en poder de esos individuos… ¡Y nuestro deber es defenderla!

* * *

Al día siguiente llegó el equipo de sondeo, al frente del que iban tres ingenieros. Llegaron con veinte enormes camiones, cargados con las piezas desmontadas de la enorme Sonda «Hill», y pronto estuvieron colocándola sobre el lugar que les indicó Hugo.

Se había efectuado un estudio previo del terreno y eligieron un punto intermedio, en el extremo de la «plataforma» metálica del subsuelo. Con ello, Hugo se proponía alcanzar alguno de los accesos a la ciudad sepultada, debiendo, seguramente, efectuar un túnel cuando hubiesen llegado a los dos mil metros de profundidad.

Acerca de esto, Hugo y Ekva sostuvieron una interesante conversación.

—La cúpula de Antala debió hundirse —dijo Hugo.

El «kreo» negó altivamente.

—Era una protección transparente mucho más sólida que los aceros que fabrican ustedes. Debe seguir intacta.

—Pero el tiempo no perdona nada —exclamó Hugo—. Según usted, si esa cúpula está intacta, la ciudad también debe estarlo.

—Sí.

—No lo creo. Veinte millones de años son más que suficientes para destruir materiales de mucha mayor dureza que el acero.

—Discutimos inútilmente. Eso lo sabremos cuando lleguemos a Antala —dijo Ekva.

—Sí… ¡Si es que existe!

—Existe. Y deben ustedes de perforar el suelo en uno de los extremos, para localizar los accesos.

—Bien. Eso podemos hacerlo. Sabemos perfectamente donde termina el contorno perimétrico que nos devuelven las ondas radioeléctricas. Pero no se haga ilusiones. Solo encontraremos vestigios fósiles.

Así fue como se inició la perforación en el lugar en donde la teoría demostraba que concluía la plataforma metálica subterránea. Primero se colocó la gigantesca sonda y luego, las barrenas de tungsteno empezaron a perforar el suelo, relativamente blando al principio.

Pronto empezó a salir la tierra en grandes bloques cilíndricos.

Un ingenioso dispositivo mecánico recogía los «panes» fragmentados y los conducía a un vertedero. Los científicos examinaban aquellos grandes terrones y los analizaban rápidamente, descubriendo en ellos vestigios volcánicos.

Mientras, el geofísico Me Neil efectuó otras comprobaciones, y de los resultados obtenidos informó a Hugo en su tienda.

—Observe este gráfico de sondeo, doctor Van Hoorn —dijo el geofísico en tono excitado—. Las ondas devueltas poseen un coeficiente continuo de profundidad. Vea aquí, en el extremo… Dos mil trescientos metros de profundidad… Y en este punto solo indican mil novecientos.

Hugo estudió el gráfico y comprendió su significado importante.

—Es la cúpula la que devuelve la sonda ¡Está intacta, al parecer!

—Exactamente. Esta superficie es plana. En cambio, en el subsuelo se produce un arco, como se aprecia en las distintas mediciones efectuadas.

—Sería asombroso que esos sujetos tuvieran razón —exclamó Hugo, excitadísimo—. ¡Y maravilloso que Antala se conservase intacta, dentro de su cúpula gigantesca!

—Las mediciones preliminares así lo indican —remarcó Me Neil.

Hugo no dijo nada de aquello a Ekva ni a Croz, quienes permanecían casi todo el tiempo cerca de la Sonda «Hill», presenciando las perforaciones.

De vez en cuando, ambos «kreos» hablaban con los ingenieros de sondeo, quienes les explicaron detalladamente las características del trabajo.

—Las barrenas van horadando la tierra y la expulsan hacia arriba, por medio del dispositivo helicoidal. Antiguamente, este trabajo se realizaba por medio de una serie ininterrumpida de barrenas, que se iban añadiendo a medida que profundizaban en el suelo. Ahora no es así. La barrena se sustituye periódicamente, según las condiciones del terreno, pero solo empleamos una, que perfora y sube a impulsos eléctricos

»El diámetro del agujero, como pueden ver, es de casi un metro. Cuando encontramos obstáculos serios, retiramos la barrena y hacemos descender la campana de análisis, que lleva a un analista

en su interior, provisto de botellas de oxígeno para poder respirar en el fondo del agujero.

—¿Y esos dos grandes tubos que van colocando? —quiso saber Croz.

—Son las paredes del pozo, que protegen la perforación de cualquier desprendimiento o filtración. A medida que descendemos, forramos las paredes del pozo con tubos metálicos, enroscados unos a otros. A eso se le llama la chimenea protectora.

El ritmo de perforación era rápido. El terreno era relativamente blando y las barrenas avanzaban a buen ritmo. Hubo, sin embargo, algunos tropiezos, producidos por rocas de basalto que fue preciso perforar con herramientas especiales. Pero en pocos días se alcanzaron los mil metros de profundidad.

Hugo sabía que no iba a encontrar agua ni petróleo, y mucho menos gases comprimidos en bolsas. Todo había sido estudiado meticulosamente. Y los únicos entorpecimientos fueron los propios de un terreno de origen volcánico.

De aquel modo transcurrió una semana.

Diariamente recibían noticias de Nueva York, en donde continuaba reunida la Asamblea General de las Naciones Unidas, y ante la que Umtali y Durha estaban presentando un informe de sus actividades durante los veinte millones de años pasados en el espacio. Se hacían revelaciones sensacionales que asombraban al mundo entero, al tener noticias de los descubrimientos llevados a cabo en mundos infinitamente lejanos.

Sin embargo, Hugo estaba convencido ya de que Umtali solo explicaba lo que a él le convenía explicar. Nada personal, en definitiva. Era un modo como otro de ganar tiempo. Pero también se cuidaron los «kreos» de demostrar su poder ante el mundo, realizando algunas exhibiciones sorprendentes, como la de inmovilizar a la mitad de la Asamblea, hacer que todos sus miembros perdieran la noción del tiempo y de la realidad, para terminar explicando Umtali, ante la cámara de la televisión:

—Esto es una prueba de nuestra buena voluntad hacia los pueblos de La Tierra. De haber querido, les habríamos inmovilizado a todos, apoderándonos de las riendas políticas de este mundo.

»Nuestro poder mental nos permite conocer todo lo que piensan ustedes, individual y colectivamente. Somos una fuerza latente,

viva, imperecedera.

Era evidente que el mundo estaba ya impresionado. Los informadores y comentaristas apoyaban la idea que iba tomando cuerpo en todo el mundo de aceptar a los «kreos» como jefes de la Humanidad, y concederles el cuatorviro universal.

Incluso, al respecto, se recogían ya informaciones acerca de tumultos en numerosas ciudades del mundo, pidiendo que se diera a los «ancestrales» la jefatura del mundo, para acabar con la amenaza latente, desde hacía años, de la terrible guerra atómica.

Sin embargo, Hugo pensaba que Umtali y sus compañeros no aceptarían dirigir a una masa inmensa de seres heterogéneos, que les producirían un auténtico quebranto.

Umtali no querría tener a la humanidad bajo su yugo. Era mejor destruirla y quedarse él y sus compañeros solos en todo el planeta.

De todas formas, pronto acabarían las dudas. La ciudad de Antala iba a salir de nuevo a la luz. Ekva ya hablaba de emplear un millón de hombres para retirar toda la tierra que cubría la ciudad sepultada.

—¡Sería lo más fantástico que se haya realizado jamás! —exclamó Hugo, al oír a Ekva.

—Antala está ahí. Lo sabemos. Y cuando tengamos la certeza, será preciso retirar toda la tierra que la cubre —insistió Ekva—. El mundo debe conocer la urbe más fabulosa de cuantas han existido.

Hugo prefirió más no replicar. Como arqueólogo la idea le llenaba de satisfacción. Estaban realizando el descubrimiento más importante de la historia de la humanidad y sabía que el mundo entero estaba pendiente de aquellos trabajos.

Y, por cierto, la perforación se hacía de noche y de día, sin interrupción, trabajando a marchas forzadas.

Pronto se alcanzaron los mil quinientos metros de profundidad… Y, al cabo de una semana, se llegó a los dos kilómetros.

Entonces se suspendió el trabajo y se envió la cabina de reconocimiento, en cuyo interior iba un analista. Fue aquel un momento de intensa emoción. Todos estaban pendientes de la llegada al fondo del analista y de su informe, que sería transmitido por radio al exterior.

En torno a la plataforma de la Sonda «Hill» se reunieron Hugo, los científicos, los ingenieros de sondeo, Ekva, Croz y un grupo de técnicos. A escasa distancia estaban las tropas del coronel D'Orly, siempre vigilando a los dos «kreos».

Hubieron de esperar a que la cabina de exploración llegase al fondo, suspendida de un recio cable de acero. Luego llegó el primer informe:

—La barrena ha tropezado con una plancha que parece de cristal de roca. El terreno es cretácico y relativamente blando.

—¿Se puede perforar horizontalmente, dejando al descubierto el obstáculo? —preguntó Hugo, a través del micrófono.

—Naturalmente. Pero será necesario el equipo de galería… Es curiosa esta superficie. Es transparente, pero no veo más que negrura en la otra parte. Y el tiempo no ha deteriorado nada este material… ¡La barrera no ha hecho más que resbalar sobre ello!

—Pruebe a perforarlo con el vibrador —exclamó Hugo.

—¡No! —dijo Ekva, acercándose—. Nadie debe destruir esa plancha. Bajaremos nosotros y buscaremos el camino a uno de los accesos inmediatos.

—Lo siento —replicó Hugo—. De ese trabajo nos encargaremos nosotros.

Ekva miró fijamente a Hugo. El odio pareció asomar a sus ojos.

Capítulo VII

CROZ se volvió y vio al coronel D'Orly con la mano en la culata de su pistola de cápsulas explosivas. En torno a él, los soldados empuñaban los fusiles de rayos desintegrantes «láser». Y el aire parecía estar cargado de amenazas.

«¡Cuidado, Ekva! —habló Croz—. No cometas ninguna imprudencia. Recuerda lo que dijo Umtali».

Ekva fue el único que pudo escuchar estas palabras, proferidas mentalmente por su compañero. Y se volvió hacia él.

«Ya he soportado bastante, Croz —respondió en el mismo lenguaje mental—; el camino a Antala está abierto. ¡Debemos ser nosotros los primeros en llegar hasta allí!»

«¡No, que sean ellos —replicó Croz—, en lugar de nosotros! A cien metros ya no tenemos dominio de sus mentes. Si bajamos a ese pozo, pueden sepultarnos vivos o arrojarnos algo que nos aplaste en el interior. ¡Prudencia! ¡Así lo ordenó Umtali!»

Ekva hubo de aplacar su ira. Se volvió de nuevo a Hugo y habló a través de su radio pectoral:

—Está bien, señor Van Hoorn. Usted es aquí el que manda. Nosotros bajaremos cuando esté franqueado el paso. Tendré mucho gusto en acompañarle al interior de Antala y mostrarle la urbe que ha sobrevivido a los siglos.

Hugo comprendió que Croz había calmado a Ekva, hablándole con el pensamiento. Y se dijo que habría sido interesante escuchar aquella conversación.

Como no era posible, optó por dar la siguiente orden, a través de la radio:

—Vamos a subirle, Tad. Yo bajaré en su lugar a examinar el obstáculo.

—¿Usted? —exclamó el ingeniero jefe del sondeo, atónito.

—Sí, señor Kohen; yo bajaré. Soy arqueólogo. No lo olvide.

El ingeniero no replicó.

Inmediatamente, se procedió a elevar al analista. En menos de media hora el hombre salió a la superficie, surgiendo del interior de la cabina. Hugo ya estaba preparado y equipado y provisto de un potente foco de cuarzo, capaz de convertir en día las más profundas tinieblas.

También llevaba Hugo un saco con herramientas especiales, de perforación manual, en donde había incluido una especie de taladro de diamante, capaz de girar a velocidades increíbles, y que podía accionar por medio de corriente eléctrica de un cable que habría de descender junto con él.

La cabina era una jaula circular, cuya tapa inferior podía abrirse desde dentro, así como la superior. En los lados también existían mirillas de cristal de roca que se abrían.

El interior era estrecho e incómodo, pero Hugo podía removerse con cierta facilidad, pese a tener que estar de pie.

Una vez en el interior, la trampa superior fue cerrada y él quedó suspendido sobre el agujero perforado. Luego empezaron a descenderle con rapidez.

Iba provisto de un casco y auriculares sobre los oídos. Al pecho tenía el micrófono de la radio, cuyo cable descendía junto con la cabina, siendo devanado de un tambor.

El ingeniero Kohen y el geofísico Mc Neil quedaron encargados, en la superficie, de tenerle al corriente.

—¿Qué tal el descenso, doctor Van Hoorn? —preguntó Mc Neil, a través de la radio.

—Perfectamente —replicó Hugo—. ¿No pueden ir más aprisa?

—No —replicó Kohen—. Tenga paciencia.

—Bien, bien. No se preocupen. Sabré esperar.

Hugo sentía dentro de sí el hormigueo propio del momento. Pronto iba a realizar el más sensacional descubrimiento de su vida. Una ciudad que había permanecido sepultada durante veinte millones de años iba a revelar su secreto. Ya no podía pensar en

nada más. Ni siquiera en la suerte que había podido correr Eva Wulf.

Olvidó incluso, a medida que se iba acercando al punto final de su descenso, lo que pudiera estar ocurriendo en el exterior o en la sede de las Naciones Unidas, donde Umtali seguía su plan de ganar tiempo hasta el momento que ya estaba a punto de terminar.

Hugo no descendía a oscuras. Dentro de la estrecha cabina había una luz. Llevaba, además, otra en el casco. Y en el suelo había dejado, apagada, la luz de cuarzo.

—Ya está llegando al fondo —llegó hasta él la voz del ingeniero Kohen—. Observe que reducimos la velocidad de descenso.

Hugo se dio cuenta de ello y repuso:

—Sí, señor Kohen. Estoy muy excitado.

—Le comprendemos perfectamente y le deseamos suerte. Manténganos informados.

De pronto, el suelo de la cabina tembló fuertemente, al golpear contra el obstáculo del fondo.

—¡Listo! —exclamó Hugo, agachándose—. Suban un metro.

A la luz interior de la cabina y a través de la mirilla inferior pudo ver la superficie de cristal, parecida al de roca, y la leve muesca que había hecho la sonda.

La cabina ascendió entonces un metro y Hugo, nervioso, procedió a abrir la trampa inferior, por la que pasaba perfectamente su cuerpo, para descolgarse, sujeto a una cadena que llevaba al cinto, para prenderse de un gancho de la cabina.

Si el suelo cedía por cualquier motivo, él quedaría prendido de la cadena. Entonces tomó la potente luz de cuarzo y dio al conmutador, inundando de vivísima luz el interior del agujero.

¡Y, a través del grueso cristal de roca, pudo ver perfectamente, al otro lado, la insólita arquitectura de unos edificios como los que viera en el «recreator» de la nave especial de los «kreos»!

Era Antala, sepultada en la oscuridad, que volvía a ver la luz después de veinte millones de años.

La luz de cuarzo, incidiendo sobre la limpia superficie de vidrio o acero transparente, permitía ver algunas formas próximas, que eran como extrañas azoteas. Hugo no podía distinguir el suelo, porque la luz no alumbraba tanto, y que debía encontrarse a

sesenta o setenta metros por debajo de la cúpula.

Inmediatamente, Hugo quiso buscar el medio de perforar el obstáculo. Y para ello recurrió al taladro de diamante. Pensaba que si podía hacer un agujero, luego practicaría otros, en fila circular, y conseguiría franquear el obstáculo.

—Escúcheme, doctor Mc Neil —habló a través de la radio.

—Le oigo perfectamente, doctor Van Hoora.

—¿Dónde están Ekva y Croz?

—Aquí.

—Entonces no les digo lo que pienso hacer.

—¿Qué se propone? —llegó hasta Hugo la voz de Ekva.

—Nada. Tengan calma. He visto algunas formas de edificios intactos, Ekva. Creo que tenía usted razón. La ciudad quedó sepultada, pero la cúpula resistió.

—¿No pretenderá perforar la cúpula?

—No, no, descuide —mintió Hugo, sonriendo.

Cerró la radio y puso el taladro en marcha. La vibración de la vertiginosa máquina era intensa. Pero al apoyar la broca de diamante sobre el acero transparente vio, con alegría, que un fino polvillo se levantaba. Tardó menos de tres minutos en practicar un agujero, comprobando que el espesor de la plancha transparente era de cuatro centímetros.

Inmediatamente, hizo un trazado circular, de unos cincuenta centímetros de diámetro y empezó a marcar un agujero al lado de otro. Con la radio desconectada no tenía noticias de los que esperaban fuera. De vez en cuando, paraba en su trabajo y llamaba a Kohen, diciéndole:

—Estoy intentando hacer un agujero lateral.

—¡Eso podemos hacerlo nosotros con el equipo de galerías! —replicó Kohen, tragándose el engaño.

—Yo preparo el terreno. He ampliado el círculo para observar mejor a través de la plancha transparente…

—¡Si no sube usted ahora mismo, le izaremos! —llegó la voz de Ekva, furiosa.

—¡Evítelo, señor Kohen! —respondió Hugo—. Subiré dentro de un rato. Tenga paciencia. Soy el jefe de estos trabajos y necesito cerciorarme bien de lo que hemos de hacer.

De nuevo desconectó la radio y se apresuró a seguir haciendo agujeros con el taladro de diamante. Cada agujero que practicaba le acercaba más al mundo sepultado. Incluso miraba por ellos, aplicando la luz de cuarzo a la plancha y pudiendo ver con más claridad aquel abismo muerto y sepultado que era un extremo de la ciudad de Antala.

De pronto, estando absorto en su trabajo, la máquina se paró y la luz se apagó, quedándose completamente a oscuras. Le habían cortado la corriente.

También sintió que la cabina tiraba de él hacia arriba. Comprendió que algo grave ocurría y, por puro instinto, se desató la cadena del cinto, de lo contrario habría sido izado hacia la superficie.

Hugo se dijo que algo grave había sucedido allá arriba, y pensó que Ekva habría perdido la paciencia, desconectándole la corriente y pretendiendo izarle.

Pero también se dio cuenta del terrible peligro que corría si, los de arriba, cuando hubiesen izado la cabina algunos metros, la dejaban caer sobre él. Moriría aplastado sin haber conseguido terminar el agujero que pretendía realizar.

Aquello era trampa mortal.

Ya era tarde, sin embargo, para cambiar de idea. La cabina estaba subiendo y él quedaba allá abajo, a dos mil metros de profundidad, con aire para cinco o seis horas.

¿Qué iba a suceder?

* * *

Hugo no se había equivocado. La paciencia de Ekva terminó cuando el coronel D'Orly se le acercó, pistola en mano y dijo:

—Ruego a ustedes dos que abandonen esta plataforma y regresen a su tienda, donde permanecerán, sin salir, hasta nueva orden. Están entorpeciendo la labor del doctor Van Hoorn.

—¿Qué dice usted, coronel? —exclamó Ekva, volviéndose con ojos centelleantes.

—Me ha oído perfectamente. Si el doctor Van Hoorn estima conveniente cerrar la radio, eso no le importa a usted.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Ekva—. ¡Son ustedes los que

deben irse de aquí y no nosotros!

El coronel D'Orly levantó su arma, dispuesto a conminar a los dos «kreos» con ella. No hubo más. Se quedó en la misma postura que tenía, rígidamente, con los ojos abiertos.

Y a sus tropas les ocurrió lo mismo acto seguido.

Tanto Ekva como Croz utilizaron su terrible poder mental y todo el campamento se inmovilizó instantáneamente.

Luego, en su furia, Ekva empujó a D'Orly, derribándole de un empellón. El petrificado coronel quedó en el suelo, como una estatua caída, conservando la misma postura y actitud que tenía en el instante de ser paralizado.

—Son unos estúpidos —exclamó Ekva, ahora en viva voz y expresándose en su extraña y antigua lengua—. ¡Esto es lo que han conseguido! ¡Y mutilaré sus cerebros para que no vuelvan jamás a vivir!

—No es necesario —le atajó Croz—. Ahora haremos subir al doctor Van Hoorn. Le inmovilizaremos también, si es que no lo está.

—No debe de estarlo. Se encuentra fuera del radio de acción de nuestras mentes… Ayúdame a manejar el torno.

—Primero cortaremos la corriente. Temo que Van Hoorn esté intentando perforar la cúpula, con lo que contaminaría la atmósfera interior de Antala.

—¿Crees que aún puede existir?

—No lo sé. Pero pronto lo averiguaremos.

Estaban ambos lo suficiente enterados del funcionamiento del torno que hacía subir y bajar la cabina por el interior de la chimenea. Primero desconectaron la electricidad interior, para dejar a oscuras a Hugo. Luego, pusieron en marcha el torno y aguardadaron, mientras el cable se iba recogiendo en el enorme tambor.

En torno a ellos, los técnicos y científicos de la expedición estaban rígidos, como figuras de cera. El silencio era impresionante en todo el campamento.

A la media hora, la cabina salió del agujero. Y estaba vacía.

—¡Se ha quedado abajo! —exclamó Croz, sorprendido.

—¡Maldito Van Hoorn! ¡Este será su fin! ¡Lo aplastaremos con la

misma cabina!

—No, espera. Con eso no conseguiremos nada —le atajó Croz—. Y lo malo es que nosotros no cabemos dentro de esta cabina. Será mejor descender por el cable suelto.

—¡Eso podemos hacerlo después! —gritó Ekva—. Primero destruyamos a Van Hoorn. Tú ve a la tienda y establece contacto radial con Umtali y explícale lo sucedido. Dile que Antala está intacto.

Croz pareció vacilar. Pero la decisión de Ekva era ya irrevocable. Había puesto en marcha la cabina y el torno giraba a tremenda rapidez, dejando caer su peso por el interior del tubo metálico a toda velocidad.

Ekva sonreía pensando en Van Hoorn y en el estado en que quedaría cuando la cabina metálica cayera sobre él.

Abajo, intuyendo el peligro a que estaba expuesto, Hugo recurrió a una pequeña azada que llevaba al cinto, con la que empezó a practicar un agujero lateral. El último sector de la chimenea no estaba cubierto de tubo y la tierra era blanda.

Esto le permitió profundizar rápidamente. La tierra que sacaba la amontonaba detrás de él. En menos de media hora logró practicar un agujero lo suficiente grande como para refugiarse en él. Y aún siguió ahondando.

Había encendido la lámpara de su casco minero y podía ver sus propios progresos. A medida que avanzaba en su trabajo, la tranquilidad le iba serenando. Si ahora lanzaban sobre él el peso de la cabina metálica, nada grave podía sucederle, estando fuera de su trayectoria.

Hugo sudaba copiosamente. El calor allá abajo era intenso.

De pronto, sintió perfectamente un ruido que fue adquiriendo mayores proporciones. También sintió aumentar la presión del aire, como si algo bajase aceleradamente por el interior de la chimenea.

Por fortuna, los agujeros que había logrado practicar sobre la cúpula y que ahora estaban cubiertos con la tierra extraída, no dejaban escapar el aire y la caída de la cabina estaba en parte amortiguada por la misma presión.

El golpe contra el fondo de la pesada capa metálica fue lo suficientemente poderoso como para hundir el suelo, allí donde era

más débil, desgarrándose una gran parte del piso transparente que Hugo tenía bajo sus pies.

Luego, entre un aluvión de tierra desprendida, se sintió lanzado al vacío, cayendo hacia el interior de la extraña ciudad sepultada.

La luz se le apagó en el casco y la caída, desde más de setenta metros de altura, en la oscuridad, habría sido mortal de no haber ocurrido algo sorprendente y maravillo a un tiempo.

Y fue que Hugo se sintió, de pronto, como sujetado en su caída, y quedó flotando en el vacío, para luego descender lentamente hacia el techo inclinado de un edificio piramidal, por cuyo muro descendió suavemente, hasta quedar sentado en el suelo.

La tierra desprendida del techo, así como parte de la cúpula rota, también cayó suavemente, como si hubiese perdido el peso, medio cubriéndose, sin daño.

Al caer, Hugo abrió los ojos, y vio una intensa luminosidad azulada que parecía surgir de la base de un extraño edificio gris, situado a ciento cincuenta metros.

El prodigio era increíble. Hugo pudo haberse matado. Y, sin embargo, estaba vivo. Al levantar la cabeza, vio el techo de cristal que cubría la urbe y el boquete practicado por la cabina metálica, la cual se bamboleaba a unos veinte metros del techo.

Luego… ¡vio al hombre más extraordinario que haya podido ver jamás persona alguna!

Traía un objeto luminoso en la mano, a modo de linterna que disipaba la oscuridad. Era alto, quizás más que los «kreos»; llevaba la cabeza descubierta y se cubría con un ropón rojo que le llegaba hasta los pies.

Se detuvo a pocos metros de donde estaba Hugo, a quien miró con atención, sin despegar los labios.

—¿Quién… es usted? —balbuceó Hugo, entre la boquilla de su pulmón artificial, lo que le impedía hablar con facilidad.

No podía quitarse la boquilla porque el aire estaba enrarecido allí dentro, donde existía el vacío. Y a esto había sido debido que la caída de Hugo no hubiese sido mortal. En el vacío, los cuerpos pierden casi la totalidad de su peso.

De pronto, aquel sujeto sonrió.

Y dentro de su mente, Hugo escuchó estas palabras: «Bienvenido

a Antala, extranjero».

Aquel hombre le hablaba por telepatía o transmisión de pensamiento. Debía de ser un «kreo», sin duda.

—Me llamo Veke y soy el guardián de esta ciudad muerta, extranjero… ¿O prefieres que te llame Hugo Van Hoorn? ¿No es ese tu nombre?

Hugo iba de sorpresa en sorpresa. Tuvo necesidad de pellizcarse el brazo para estar seguro de que no soñaba.

—¿Me… conoce usted?

—Sí, muy bien. Alguien me ha hablado de usted. Hay en Antala otro terrestre, que me ha explicado muchas cosas. ¿Qué le ha sucedido?

—Yo estaba intentando perforar la cúpula… Allá arriba —Hugo señaló al techo—. Ekva y Croz debieron de cortar el fluido eléctrico y subieron la cabina. Intuí que la iban a dejar caer sobre mí, por el interior del tubo. Por eso me apresuré a practicar un agujero en el muro.

»Efectivamente, arrojaron la cabina… Es aquella que cuelga allí. Si me cae encima me habría matado.

—Mis compañeros han debido cambiar mucho en su viaje a través del cosmos, para regresar, al fin, con tan bajos instintos. Estoy enterado de todo. Ven conmigo. Te llevaré a un lugar donde podrás quitarte este aparato de la boca y respirar libremente.

»También vas a recibir una agradable sorpresa.

Veke, el gigante del ropón rojo, dio media vuelta y caminó despacio por aquel impresionante lugar en forma de escalones. Caminaba, moviendo los pies, en vez de deslizarse por las fisuras del suelo.

La luz que llevaba en la mano le permitía ver el camino que pisaba. A Hugo le permitía admirar el complejo arquitectónico de los edificios metálicos y singulares que iban encontrando a su paso.

—¿Qué te parece Antala, arqueólogo? ¿Has visto alguna vez, en tu propio mundo, cosa semejante?

—No —balbuceó Hugo.

—Aquel edificio principal, a modo de torre, que se alza allá, es mi santuario —explicó Veke, indicando con la mano— Allí te daré unas píldoras que obrarán en tu organismo a modo de oxígeno.

Entonces podrás quitarte ese aparato.

El camino confluía hacia el edificio indicado por Veke. Allí se juntaban otros caminos o calles, procedentes del resto de la ciudad.

—Aquí estuvo hace muchos años la Junta de Gobierno de los «kreos»… ¡Y ahí está la persona que me ha hablado de ti!

Hugo abrió desmesuradamente los ojos al ver aparecer una figura humana que salió del edificio y venía corriendo hacia ellos. Hasta la boquilla del aire se le escapó de entre los dientes al reconocer a Eva Wulf, que todavía llevaba las ropas y el pijama con los cuales desapareció dentro de la máquina transmutadora accionada por Umtali y Ekva en San Antonio.

—¡Hugo, vida mía! ¡No es posible!

—¡Eva!

Se abrazaron fuertemente, ante la mirada complacida de Veke, que les observaba a pocos pasos.

Al sentir que le faltaba el aire, Hugo se apresuró a ponerse la mascarilla de oxígeno. Pero no dejó de abrazar a la muchacha, preguntándole mil cosas a la vez.

Capítulo VIII

VEKE les condujo al interior del sorprendente edificio, cuya puerta era enorme. Un inmenso vestíbulo ocupaba casi toda la planta baja. Fueron a situarse en el centro y el suelo empezó a descender, como accionado por un soporte neumático, semejante al de un montacargas.

Luego habría de comprobar Hugo que la plataforma descendía hasta el piso inferior, sin ayuda de nada, ni apoyo de ninguna clase.

Cuando se detuvo la plataforma, estaban en una gran sala circular, metálica, cuyo techo era la propia plataforma, la cual empezó a ascender en cuanto hubieron salido de ella.

Viendo aquella enorme plancha metálica subir hacia el techo, Hugo se apartó brevemente la boquilla de los labios y preguntó:

—¿Cómo funciona esto?

—Por antigravitación —contestó Veke, mentalmente.

Eva, que estaba asida de su brazo, radiante de alegría, añadió con voz apenas audible, debido al enrarecimiento de la atmósfera, que no propagaba bien el sonido:

—¡Vas a ver cosas maravillosas, Hugo!

Estuvieron esperando hasta que la plataforma alcanzó el techo y encajó perfectamente en él. Entonces, Veke se volvió hacia el muro circular, en donde se descorrió una puerta de cuatro metros de altura.

La luz no procedía ahora de la lámpara que Veke había llevado en la mano, sino que surgía de alguna fisura circular, colocada en el suelo.

Entraron en una cámara de sección paralelográmica, en donde

se veían innumerables aparatos y máquinas de singular y rara construcción. En el centro había un asiento, proporcionado a Veke, con respaldo y giratorio, ante el que tenía un tablero semicircular, con infinidad de mandos.

Se sentó y tocó algunos botones, surgiendo del suelo, como por arte de magia, sendas butacas elásticas.

—Sentarse, amigos míos. Habremos de esperar largo tiempo y es necesario que estéis cómodos… ¡Ah, tus píldoras, Hugo Van Hoorn!

Hugo no había hecho más que sentarse, cuando el suelo, ante él, se abrió en ocho fragmentos, a modo de pétalos metálicos, y una mesita ascendió, descorriéndose su parte superior y mostrando varios recipientes.

Todos contenían píldoras de distintas clases. Eva se levantó y tomó unas, de color azulado, dándoselas a Hugo.

—Tómate esto, sin miedo. Te permitirán respirar fácilmente.

—Aquí hay un tipo de atmósfera que transmite mejor el sonido que afuera —continuó diciendo Veke, siempre mentalmente.

Hugo ingirió la píldora, después de haberse quitado la boquilla del aire. Cerró la válvula y se volvió a mirar en torno.

Veke señaló a una gran esfera que había al fondo.

—Mirad allí. Vamos a ver lo que ocurre en el exterior.

—Pero ¿cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Hugo, mirando a Eva.

—Es difícil de explicar —dijo Veke—. Umtali y Ekva querían estudiarla. La sacaron de su alojamiento y la llevaron hasta su nave, en estado de hipnosis. Allí pretendieron trasladarla hasta «Tlyge», donde Grik y los otros la recibirían en el transmutador… Un aparato semejante a ese que veis ahí. —Veke señaló una mesa cubierta con una campana de cristal, a la que habían aplicados numerosos tubos iónicos fosforescentes—. Ocurrió, sin embargo, que mi transmutador es más potente que el de ellos y les sustraje la carga. Eso fue todo. Todavía están preguntándose lo que ha ocurrido, porque ellos ignoran que yo estoy aquí.

—¿Ha vivido usted aquí siempre?

—Sí, siempre —respondió Veke—. Soy longevo, como ellos… Pero no eterno. Nada es eterno en el universo, excepto Dios. Y parece que Umtali lo ha olvidado.

—No entiendo muy bien. ¿Cuánto tiempo ha vivido?

—Yo nací después que ellos. Tengo treinta y siete millones de años, aproximadamente. Ellos tienen cuarenta. Pero han vuelto a tiempo, para yacer eternamente junto a los suyos.

»Aquí ocurrió un cataclismo que sepultó nuestra urbe, como ya sabéis. Nosotros seguimos viviendo, hasta acabar nuestra existencia. Así estaba establecido. Las generaciones deben morir por ley natural. No hay nada eterno. Podemos haber existido mucho tiempo, pero el final es inexorable.

—¿Cuánto tiempo le queda de vida?

—Poco… Un millón de años a ellos, o algo más. A mí me quedan tres o cuatro. Eso no importa. Sé que a vosotros eso os parecerá muchísimo, dada vuestra corta existencia. Pero en el cómputo universal del tiempo, nada significa un millón de años.

—Asombroso… —musitó Hugo.

—Todo cuanto hay aquí os parecerá asombroso. Tengo que explicaros detalladamente cómo funciona todo. Últimamente he sufrido demasiadas emociones y puedo fallecer. Mi deseo, y la voluntad de los «Kreos» es que vosotros, nuestros más directos descendientes, heredéis todo cuanto nosotros logramos conseguir.

»Yo tengo que dormir mucho. Hasta que despierte de nuevo, habrán transcurrido cincuenta mil años, y vosotros habréis dejado de existir.

—¿También duermen ustedes?

—Sí. Es natural. El cuerpo necesita descanso. Ahora os diré lo que debéis hacer… Este tablero de control debe ser manejado a la perfección. Acercaos.

Hugo y Eva obedecieron.

—Vamos a abrir la «ventana exterior»… Se presiona aquí. ¿Veis?

Al presionar un pulsador, la pantalla esférica se iluminó.

¡Y en su centro pudieron ver el campamento del desierto, con todos sus pobladores convertidos en estatuas rígidas!

—Ved eso —dijo Veke—. Ekva y Croz los han inmovilizado a todos. Pero no temáis. Yo los devolveré a la movilidad, neutralizando el poder natural de mis compañeros.

Veke presionó otro pulsador y en el acto, todas las figuras de la

pantalla esférica recobraron su movimiento. La imagen se centró entonces en la plataforma donde estaba la Sonda «Hill», sobre la que Ekva se volvió, ¡ahora demudado el semblante en una mueca de asombro infinito!

¡Y, al mismo tiempo, el pelotón de soldados del coronel D'Orly disparó contra él!

De las armas surgieron rayos invisibles que alcanzaron a Ekva, pulverizándole en una dantesca zarabanda de chispazos y humo blanco.

La escena estuvo a punto de hacer perder el sentido a Eva, quien gritó:

—¡Le han matado!

—Sí. El destino de Ekva era ese. Ya lo sabía. Tengo un proyecto de futuro que me anticipa en el tiempo. Nadie puede eludir su destino.

—¡Pero usted ha devuelto la movilidad a las tropas!

—Era mi deber. Ekva no debió dejarse dominar por sus bajos instintos. Un «kreo» no ha de imponerse jamás sobre otros seres de poder inferior. Es la ley.

»Esa expedición partió de aquí hace veinte millones de años, a fin de circunvalar el universo y explorar todos los mundos posibles. Tenían una ley que cumplir y se han olvidado de ella.

»Eran cien individuos y solo vuelven sesenta y cuatro.

—¿Sesenta y cuatro? —preguntó Hugo, incrédulamente.

—Sí. Los restantes están en «Tlyge», esperando el resultado de la exploración de Umtali. Ellos ignoran lo que ha sido de Antala. Han querido engañar a los gobiernos del planeta, a fin de que les ayuden a desenterrar Antala. Era lógico.

»Pero no debieron recurrir al engaño. Yo sé que han perdido treinta y seis compañeros, en emboscadas y trampas tendidas por otros seres. Eso les ha vuelto recelosos y desconfiados. Siempre, sin embargo, la culpa ha sido de ellos… ¡Umtali no debió ser elegido como jefe de la expedición! Es un incompetente.

En la pantalla se veía ahora a los soldados correr en todas direcciones, y al coronel D'Orly gritando, puesto en pie, y señalando hacia la tienda de campaña en donde se alojaban Ekva y Croz.

A este último se le veía correr por el desierto a una velocidad fantástica.

—No morirá. Yo paralizaré a esos soldados —siguió diciendo Veke, presionando otro pulsador.

¡Y las tropas se detuvieron, juntamente con Croz!

—Ahora le haremos regresar al pozo y subir la cabina. Croz vendrá aquí.

Veke manejó otros mandos y debió de utilizar algún medio de amplificar su poder mental, porque, efectivamente, en la pantalla, todo se volvió a poner, en movimiento, regresando Croz hacia donde los soldados le apuntaban con sus armas.

También el coronel D'Orly, muy transfigurado, se acercó a Croz y le habló.

—Le dice que debe sacarte del agujero —habló Veke—. Y Croz responde que Ekva ha matado al arqueólogo. El coronel quiere tu cuerpo, vivo o muerto… Le obliga a caminar hacia la Sonda. Todo está bajo control.

»Pero hay más… Iremos a Nueva York. Yo conozco muy bien el mundo de vuestros coterráneos. Lo he estudiado durante años con sumo interés. Jamás he intervenido en vuestras rencillas. He presenciado guerras espantosas. He visto destruirse pueblos y nacer ciudades. Y jamás he movido un solo resorte para modificar vuestra historia. Eso sería inicuo.

»Ha sido mi única distracción durante muchos siglos que he permanecido aquí, sentado, viendo la aventura de la historia humana. Y sé que llegaréis a ser más poderosos de lo que fuimos nosotros.

»La ciencia y la técnica que os vamos a legar os hará dar un poderoso salto adelante. Y eso la humanidad te lo deberá a ti, doctor Van Hoorn. Este es tu gran triunfo. Sé que nadie se ha sentido tan satisfecho en la vida como tú lo estás ahora. Y quiero ser el primero en felicitarte.

»No, no digas nada. Vamos a ver lo que ocurre en Nueva York.

* * *

Umtali escuchó las noticias que la radio le enviaba desde el Sudán. La voz de Croz era serena.

Se encontraba en la habitación de un suntuoso hotel, próximo a la sede de la Organización Mundial de las Naciones Unidas, y le acompañaba Durha, que estaba sentado en una butaca, cerca de él, impasible.

A través del éter, la voz de Croz decía:

—Ekva ha debido de aplastar al doctor Van Hoorn. Todo el campamento está ya inmovilizado. Nos abriremos paso hasta Antala y averiguaremos qué ocurrió allí durante nuestra ausencia.

—Si la urbe está intacta, nuestra tregua ha terminado —respondió Umtali—. Comunicaré a Grik que destruya las naves espías que tienen en torno a «Tlyge» y que se dirijan hacia aquí disparando sus rayos «azules» sobre las ciudades del mundo.

—Muy bien, Umtali. Aunque creo que sería mejor paralizar a todos por medios magnéticos en vez de destruirlos. Nos pueden ser necesarios para desenterrar Antala.

—¡No! —respondió Umtali—. Nos sobran, medios para hacerlo nosotros… ¡No quiero nada con estos estúpidos pigmeos! ¡Afean la superficie del planeta con su presencia! ¡Los aniquilaremos a to…!

El grito de Croz a través de la radio interrumpió a Umtali.

—¡Algo ocurre! ¡Se han recobrado todos! —durante unos momentos, Umtali y Durha no oyeron la voz de Croz.

—¿Qué sucede, Croz? ¡Infórmame, te lo ordeno!

De nuevo, la voz de Croz, notablemente alterada, llegó a través de la radio. Incluso Durha se había levantado para acercarse al aparato manejado por Umtali.

—¡Han matado a Ekva, disparando sus armas sobre él! ¡Tengo que huir!

Croz debió de salir de la tienda sin cerrar la radio, porque los gritos y las voces llegaron hasta Nueva York, a través del aparato conectado.

Umtali miró a Durha, atónito.

—Estaban paralizados y se han recobrado. ¿Lo entiendes, Durha?

—No… No lo entiendo.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé. Tú eres el jefe.

—¡Es inaudito! ¡Si esos hombres estaban paralizados, nadie

podía sacarlos de ahí! La ciencia de estos sujetos es lo más rudimentaria que he visto nunca. ¡Casi están en estado primitivo!

—Todo lo que tú digas, Umtali. Pero Ekva ha debido morir… ¡Y pienso que lo mismo nos puede suceder a nosotros! Si quieres un consejo, lo mejor que podemos hacer es escapar antes de que nos ocurra lo mismo que a Ekva.

—¡No! ¡Podemos paralizar a parte de esta ciudad!

—¿Y puedes evitar que nos maten con sus armas a distancia?

—Desviaremos sus cohetes…

—¡Demasiada concentración mental! Podemos tener un error, Umtali. Es mejor que escapemos y vayamos al despoblado, donde Grik puede enviar a recogernos. Regresaremos a San Antonio y tomaremos nuestra nave. Si es preciso, nos dirigiremos a Antala…

En aquel mismo instante, en la puerta de la habitación se produjo una llamada vigorosa.

—¡El capitán Bennek! —exclamó Umtali, que podía captar lo que ocurría al otro lado de la puerta.

—¡Ya están enterados de lo sucedido en el desierto y vienen a prendernos!

Umtali se concentró, logrando inmovilizar a la tropa que había en el pasillo. Entonces, tomaron sus equipos y abrieron la puerta, saliendo. Fue preciso empujar a los petrificados soldados, haciéndolos caer, para abrirse paso, dado que invadían completamente el pasillo.

Corrieron hacia el ascensor y estuvieron a punto de hacerlo subir, pero Durha, que no estaba tan nervioso como Umtali, expuso:

—Pueden bloquearnos dentro de la camareta. Es mejor utilizar la escalera y paralizar a todo aquel que se cruce en nuestro camino.

—Sí, tienes razón.

Se dirigieron a la escalera, tropezando con empleados del hotel, a los que paralizaron. En el vestíbulo fue preciso inmovilizar también a más de treinta personas, y lo mismo ocurrió en la calle, donde se armó un caos indescriptible, porque paralizaron las mentes, pero no los vehículos en marcha, causando más de mil accidentes, algunos mortales…

* * *

En Antala, junto a Veke, Hugo exclamó:

—¡Debe usted evitar eso! ¡Deténgalos!

—No puedo —contestó Veke—. La distancia es considerable. Mi poder amplificador solo alcanza quinientos kilómetros, o algo más. Si utilizan alguna nave para escapar de la Tierra, los dirigiré hacia estas proximidades.

»Ellos se proponen pedir ayuda al resto de la expedición. Pero la alarma ya ha sido dada. Habrá lucha y muy enconada. Y lo siento por las astronaves que giran en torno a «Tlyge», porque serán aniquiladas.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Eva, muy nerviosa.

—No tienen más remedio que luchar. Creen que se trata de una trampa. Pero ignoran que «Tlyge» ha quedado orbitado en torno a Júpiter y no lo podrán retirar de allí. Para escapar al bombardeo atómico que les lanzarán desde las bases interplanetarias de la Tierra, utilizarán las naves de reconocimiento. ¡Y se encontrarán que solo tienen un camino, que es este! ¡Han de venir a tomar tierra sobre nosotros!

»Y entonces estarán bajo mi control. Muchos, sin embargo, serán destruidos por las explosiones atómicas que arrojarán sobre ellos. Es inevitable. Hay cosas que suceden de un modo que, aunque yo lo conozca, no tengo medios para evitarlo.

Efectivamente, en la pantalla pudieron ver el trayecto realizado por Umtali y Durha, por el centro de la ciudad de Nueva York, paralizando el tráfico y causando una espantosa confusión y numerosos incendios de automóviles que chocaban entre sí, en marcha, con sus conductores paralizados en los volantes.

Eva hubo de volverse para no ver tanta catástrofe. Y Veke, magnánimo, decidió realizar un pequeño salto en el tiempo, pulsando otro botón.

Hugo tuvo la sensación de desaparecer momentáneamente, para luego verse en el mismo lugar donde había estado antes. Veke, empero, se había vuelto hacia él, sonriendo:

—Ha transcurrido una hora. Les hemos hecho avanzar a todos, en el tiempo. Esto es muy delicado y solo afecta a quienes están involucrados en este episodio. La gravitación universal no ha sido

alterada en nada, porque el tiempo ha transcurrido de igual modo. Pero, mirad.

En la pantalla esférica se veía ahora a Umtali y Durha, en la noche, como auroleados por un halo de luz radiante, junto a un camino oscuro.

—Ahí esperan a la nave de Grik, que llegará pronto. Ya se ha dado la orden de bombardear «Tlyge». El estado mayor norteamericano ha obrado por cuenta propia y los proyectiles atómicos van hacia su objetivo. La contienda ha empezado.

»Umtali y Durha lo ignoran, pero mis compañeros pronto se darán cuenta e intentarán huir de «Tlyge», que no será totalmente destruido, y seguirá orbitando en Júpiter.

—¿Hemos dado un salto hacia delante?

—Sí. Y ahí tienen la prueba. Croz está ya acercándose hacia acá. Ha descendido en la cabina, con el coronel D'Orly y una docena de soldados… Mirad… ¡Antala ha sido invadida ya!

Un cambio de imagen, en la pantalla, mostró una de las calles insólitas de la urbe sepultada, por donde avanzaba Croz, en primer lugar, como un autómata, seguido de los atónitos soldados de la escolta. Todos iban provistos de armas y lámparas y sus luces revelaban la fantástica arquitectura y el complicado urbanismo de Antala, que les tenía sobrecogidos.

—¿Cómo han descendido hasta aquí? —quiso saber Hugo.

—Prendidos en el cable de la cabina del analista. Sois muy osados vosotros. Será mejor que dejemos ahora a Umtali y vayamos a recibir a Croz, a quien debemos castigar severamente.

Veke presionó los mandos de su tablero de control y apagó la pantalla esférica, poniéndose en pie y volviéndose a ambos jóvenes.

—Venid conmigo. No te preocupes ahora por el aire enrarecido del exterior. Pero llevad píldoras para vuestros compañeros, a fin de que se desprendan de esas máscaras que usan.

Eva tomó un puñado de píldoras del recipiente de la mesa y fue en pos de Veke, quien abría la puerta y salía al exterior, seguido de Hugo.

—Mi voluntad acciona los circuitos de todos estos mecanismos ocultos. Vosotros habréis de estudiar los mecanismos y llevar pulsadores ultrasensibles, cuyos planos os daré a su debido tiempo.

La plataforma del techo descendió y subieron a ella, ascendiendo hacia el inmenso vestíbulo. No habían hecho más que detenerse, arriba, cuando apareció el grupo dirigido por Croz, quien entró y se arrodilló frente a Veke, exclamando:

—¡Oh, Consejero Veke, heme aquí, a tus pies! ¡He comprendido mi error! ¡Castígame!

También los soldados y el coronel D'Orly se acercaron, incrédulos. Fue Hugo quien les explicó lo ocurrido en breves palabras, y luego rogó a todos que tomasen las píldoras.

—Esto les permitirá respirar aquí dentro. ¡Y prepárense a ver maravillas increíbles!

El coronel D'Orly, cuando pudo hablar, quiso explicar lo ocurrido afuera, pero Hugo le atajó.

—Estamos enterados, coronel. Lo hemos visto todo, a través de una pantalla mágica.

—¿Recuerdas la ley, Croz? —estaba diciendo Veke, sin hablar—. La habéis infringido y debéis ser castigados. ¡Vete con tus antepasados! ¡Tienes que dormir eternamente!

Capítulo IX

CROZ se retiró sin rechistar, desanduvo el camino y pasó entre los soldados, que se quedaron perplejos, al escuchar una voz en sus mentes, la de Veke que les decía:

—Dejadle ir. Él mismo se castigará, dirigiéndose al subsuelo, donde yacen nuestros antepasados, y ocupando su sitio eterno.

Hugo hubo de hablar con el coronel D'Orly, diciéndole, además:

—Este hombre tiene buenas intenciones, coronel.

—¿Está usted seguro, doctor? —preguntó D'Orly.

—Aquí tiene la prueba. La doctora Eva Wulf desapareció en San Antonio, y apareció aquí. Pueda asegurarle que nos estaba esperando.

—En efecto —siguió diciendo Veke, muy grave—. Los «kreos» han llegado a su fin. Solo yo he permanecido con vida, esperando el regreso de mis compañeros. Ustedes serán testigos de la severidad con que recibiré a Umtali.

»Habremos de esperar, sin embargo. Y por ello les ruego que vaya alguien al exterior y comunique a sus gobiernos todo lo acaecido. ¿Quiere ir usted… coronel D'Orly?

—Sí… Hemos dejado a dos hombres bajo el agujero practicado en la tierra. Allí tienen una radio. Iré a comunicarles que está usted a salvo.

—Si tienen una radio, tengo interés en enviar un mensaje al profesor Reinham —declaró Hugo.

—Pueden hacerlo. Yo les acompañaré —dijo Veke. Y, volviéndose a Hugo, añadió—: Amigo mío, sé cómo te sientes. Has encontrado una maravilla arqueológica, has hallado a la mujer que

amas y sabes que todo terminará bien. La impaciencia te consume por comunicar tu descubrimiento, ¿verdad?

—Sí, Veke; es cierto. ¿Vamos, coronel?

Salieron todos. Ahora, la comitiva pudo darse mejor cuenta del lugar tan fantástico en donde estaban. Los soldados eran los más asombrados del grupo.

—¿Cómo hicieron esto?

—¡Jamás creí que existiera nada así!

—¿Cuántas personas viven aquí?

—¡Eh, Johnny, fíjate en esta casa!

—¿Por qué son así estas calles?

Veke no podía responder a todas las preguntas. Pero hizo una disertación mental y colectiva, cifrada en las siguientes palabras:

—Los «kreos» somos una raza que existió ya hace muchos millones de años. Nuestra prehistoria surgió en la nebulosa del tiempo, agrupándonos en familias. Nuestro origen ignoramos cuál es. Creemos que alguna pareja debió llegar a este mundo al poco de su formación. Así crecimos.

«Pronto aprendieron nuestros antepasados las ciencias más depuradas. Fuimos creciendo y observamos que la atmósfera cambiaba. El suelo temblaba y los volcanes llenaban el aire de cenizas radioactivas.

»Por eso construimos primero varias ciudades provistas de techo a modo de grandes cavernas. Luego, la técnica avanzó. Fuimos transformándonos. Aceptamos la ley de la supervivencia al descubrir métodos que nos permitían vivir mucho más tiempo.

»Más tarde, miles de siglos después, nuestra raza se había convertido en un grupo étnico fijo. Ya no nos reproducíamos. Eran doscientos cincuenta mil seres, ninguno de los cuales podía morir hasta que no hubiese transcurrido un tiempo considerable. Aprendimos a modificar nuestro metabolismo, suplantándonos órganos naturales por otros indestructibles, y dejó de existir el sexo entre nosotros.

»De ahí partió nuestro mayor error. Yo me he dado cuenta de ello al quedar solo. Llegó un momento en que necesitábamos el descanso eterno. La expedición de Umtali ya había partido entonces. Poco a poco, sumergido en este mundo subterráneo, he

descubierto las verdades inmutables de las leyes naturales. Sin descendencia, estábamos destinados a desaparecer. El tiempo es un factor de ínfimo valor. Pasa, aunque parezca que cuarenta millones de años es una eternidad. No lo es, y debemos pagar el error.

»El Consejo se reunió por última vez, hace mucho tiempo. Yo, como más joven, hube de aceptar el acuerdo de legar a nuestros ajenos descendientes, o sea vosotros, todo lo descubierto por nosotros. Pero había de ser cuando no nos pudierais causar ningún daño.

»Todos mis compañeros fueron muriendo. Yo les cerré los ojos y les conduje a sus sepulcros. Temí que Umtali no regresara a tiempo y que «Tlyge» se convirtiera en su tumba sideral.

»Habíamos perdido el contacto con ellos cuando Antala quedó sepultada por el cataclismo que pareció que iba a desencajar el planeta.

»Por fin han vuelto. Ya están aquí. Y yo sabía que esto iba a suceder, porque mi «ventana del futuro» me lo había mostrado. Nada de lo inescrutable puede ser modificado. Por eso es mejor que no conozcáis los medios técnicos de esa «ventana». Creo que será mejor destruirla antes de retirarme.

»Y este es mi mundo. Aquí he vivido, solo, durante muchos siglos. La historia de Antala la podéis ver escrita o grabada en muchos sitios. En nuestros monumentos, en nuestros archivos, en nuestras máquinas.

»Antala es una ciudad creada antes de que vosotros vinieseis a este mundo, sin que yo os pueda decir cuál es vuestro origen, porque la evolución no tiene origen alguno. Se nace de alguna manera, se reproduce «algo», de algún modo, y de eso sale el hombre, que el tiempo y la historia moldea y hace según el ambiente en que vive…

* * *

Hugo van Hoorn llamó al geofísico Mc Neil y le puso al corriente de lo sucedido.

—He encontrado a Eva. El coronel D'Orly está aquí. Ahora visitan unos edificios próximos. Quiero que comunique usted con el profesor Reinham.

—¡Lo he estado haciendo! —contestó Mc Neil—. Y me ha informado que se ha desencadenado el caos. Están luchando contra esos individuos. También llegan noticias del espacio.

—Sí. Lo sé todo —atajó Hugo—. Es inevitable que así suceda. Pero también sé que intentarán llegar hasta aquí. Antala es su objetivo. No deben ustedes entorpecerles el camino. ¿Me entiende?

—¿Qué podemos hacer?

—Darles facilidades. Comunique eso a Reinham… ¡Hay que dejar a los «kreos» que lleguen hasta Antala!

—Sí, sí. Pero no sé cómo.

Hugo tampoco lo sabía. En el espacio, las naves siderales surcaban el vacío a grandes velocidades, mientras en «Tlyge» estallaban las bombas atómicas.

Umtali, a las afueras de Nueva York, también recibía aquellas terribles noticias y comprendía que algo se había alzado contra ellos. En su impotencia y desesperación, solo confiaba en que la nave de Grik llegase cuanto antes a recogerles.

Y cuando la ayuda llegó, a fin, aquella misma noche, Umtali ya estaba decidido a renunciar a todo, pues dijo:

—No iremos a San Antonio, Grik… ¡Iremos a Antala!

—¿Por qué?

—No estoy muy seguro. Pero la razón me dice que allí puede estar la explicación de muchas cosas que nos están sucediendo… No he olvidado el fallo del transmutador físico. La doctora Eva Wulf debe encontrarse en alguna parte.

—¿En Antala?

—Sí, eso me temo. Y puede que allí encontremos algo más.

Un silencio sobrecogedor se hizo entre los «kreos». Luego, sin expresar ningún pensamiento más, subieron a la nave y pusieron rumbo hacia el Sudán. Era algo que ya sabían, ¡porque se lo habían enseñado los terrestres!

Y la orden que dio Grik a las otras naves que surcaban el cosmos fue:

—Nos dirigimos a Antala. Su posición está en Seis-Ankro-Cero-Cero-Ispac-Nueve-Ocho.

—Nos están atacando naves terrestres —le contestaron.

—Procurad eludirlas. No os puedo decir más. Algo terrible

sucede.

Por otra parte, en la Asamblea General de la ONU, los delegados de la Organización pedían la reunión urgente del Consejo de Seguridad y la movilización mundial, cuando la verdad era que la lucha ya estaba declarada.

El caos reinaba en el mundo entero y el pánico era colectivo.

En Inglaterra, por ejemplo, tropas militares derribaron un avión comercial, con proyectiles magnéticos, tomándolo por una nave enemiga.

Y sobre Rusia, una auténtica nave espacial «kreo» fue pulverizada con un proyectil atómico, causando también el pánico entre otras espacionaves que se movían a grandes velocidades, sobre la ionosfera terrestre.

Sin embargo, doce naves llegaron al Sudán y se acercaron al campamento de la expedición científica, donde las órdenes eran concretas y específicas.

Pese a ello, Umtali hizo inmovilizar a todos los hombres que había allí, antes de tomar tierra. Luego, una vez en el suelo, Umtali y Durha se acercaron a donde estaban los científicos terrestres y devolvieron la movilidad a varios de ellos.

Yuki Toyamo fue el primero en hablar.

—Les esperábamos, Umtali y Durha.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Dónde está el doctor Van Hoorn?

—Abajo, en la ciudad de Antala.

—¿Qué sucedió a Ekva y Croz?

—Ekva fue desintegrado —contestó el japonés—. Croz descendió por el agujero y me ha dicho Hugo van Hoorn que ha sido castigado por su jefe.

—¿Qué jefe?

Ninguno de los presentes podía contestar a esta pregunta. Sin embargo, Umtali tuvo la respuesta, que le llegó por medios, al parecer sobrenaturales.

—Soy el Consejero Veke. He hecho lo posible por ayudarte, Umtali. Pero tú has estado cometiendo error tras error. Y debes venir ante mí para recibir tu castigo.

Umtali no se inmutó. Él conocía la ley de los «kreos». Y sabía que no podía rebelarse contra ella.

Por esto, bajando la cabeza, musitó:

—Sí, Veke… Vamos a reunirnos contigo.

Las figuras humanas que habían permanecido inmóviles, se animaron, como si una fuerza extraña les soplara vida. Algunos retrocedieron, asustados, al ver allí las naves espaciales de los «kreos». Otros prefirieron esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Umtali habló a Mc Neil.

—¿Cómo podemos descender?

—El torno sostiene el cable y la cabina del analista geólogo. Dentro de la cabina apenas si puede permanecer uno de ustedes. Pero sobre ella, sujetos al cable, pueden descender tres o cuatro. El coronel D'Orly y ocho hombres descendieron por ese conducto.

—Le ruego a usted que nos ayude a descender.

—Sí. Vengan. El ingeniero señor Kohen les facilitará los medios.

Fueron hacia la plataforma de la Sonda «Hill», donde los técnicos comunicaron por radio con la tropa que había en el interior de la ciudad sepultada. Luego, izaron rápidamente la cabina metálica.

Media hora después, Umtali, Durha y Grik realizaban el primer descenso por el interior del túnel, llegando hasta el mismo piso de la ciudad multimilenaria, donde se encontraron con un círculo de soldados.

Umtali vio también el individuo del ropón rojo. Y también vio a la silenciosa Eva Wulf, cuyos ojos parecían querer perforarle.

—Bienvenido seas a tu pueblo, Umtali.

El aludido se arrodilló delante de Veke, y lo mismo hicieron sus dos compañeros, Durha y Grik, a los que el Consejero ordenó:

—Vosotros, Grik y Durha, poneos en pie y marchad a cumplir vuestro destino. El descanso eterno os espera… Tú quédate ahí, Umtali. Tienes que darme cuenta de tus actos.

Los dos «kreos» aludidos se levantaron y se alejaron, como dos autómatas. Debían conocer el camino, porque no vacilaron ni se desviaron, pese a la oscuridad que reinaba más allá del círculo en donde estaban Veke y los terrestres.

Durante unos diez minutos, Veke y Umtali permanecieron silenciosos, sin hablar al parecer. Hugo van Hoorn sabía, sin

embargo, que Umtali estaba dejándose escudriñar la mente por Veke, en una especie de silenciosa confesión.

Todos guardaban silencio. El coronel D'Orly se movía nerviosamente, mirando con frecuencia a Hugo, quien le hizo señas para que tuviese calma.

Desde la disparatada fachada de un edificio próximo, un intenso foco de luz blanco envolvía la singular escena que tenía lugar en el paraje más misterioso y extraño de la Tierra.

Al fin, Veke hizo un gesto con su mano izquierda, y Umtali se levantó.

—Quiero que pidas perdón a estos hombres —dijo Veke en voz alta.

Umtali miró alrededor y se acercó primero a Eva, la cual retrocedió un paso instintivamente.

—No tema usted nada, señorita Wulf. No espero que me comprenda, ni tampoco puedo encontrar justificación a mis actos —habló Umtali—. Yo solo quería el bien de los míos. Estaba en un error. Falté a mis leyes y voy a cumplir el castigo que me corresponde.

»He dicho al Consejero Veke que mi responsabilidad debía ser compartida por los que me enviaron al infinito a descubrir las dimensiones del universo.

»En un viaje tan largo, pocas personas se mantendrían dentro de los límites marcados por la ley. En cierto modo, yo no podía aceptar, en determinadas circunstancias, la ley que me habían impuesto los que ignoraban qué clase de mundos iba a encontrar.

»Hube de tomar decisiones ilegales, para poder sobrevivir. Yo pensaba más en mis semejantes que en mí. Y luego, al regresar, me encontré con el terrible dilema. Antala había desaparecido y no podíamos localizarla.

»De nuevo fue necesario faltar a la ley. No me asusta el destino que me espera. Solo siento en haberles causado daño. Lo siento. Perdónenme.

Umtali hablaba en un tono de profunda congoja.

Veke permaneció impasible.

Y lo curioso fue que Eva Wulf tendió la mano a Umtali, sonriendo, y dijo:

—Creo haberle comprendido. Lo siento, Umtali.

También Hugo quiso testimoniar su simpatía por aquel individuo alto que había creído cumplir su deber.

—Yo también le comprendo, Umtali. Si algún daño le he causado, le ruego que me perdone.

Hugo, Eva y D'Orly pudieron ver el fin de Umtali, poco después. Veke les concedió este privilegio, llevándoles hacia el centro de Antala y haciéndolos descender hasta una especie de pozo profundo, de cuyo centro partían diez oscuras galerías.

Umtali fue con ellos. Una vez más se arrodilló ante Veke y luego, abatida la cabeza, se dirigió hacia una de las galerías, que se iluminó mágicamente ante su presencia.

—¿No hay forma de perdón? —preguntó Hugo, en voz baja.

—No. No la hay. Tiene que morir.

Vieron a Umtali avanzar por el túnel. Se alejó unos diez metros. La luz se hizo más intensa. Luego surgió un débil rayo ígneo del muro. Umtali se tambaleó, como si hubiese recibido un golpe. Aún avanzó unos pasos más. Varios rayos partieron hacia él.

—¡No! —gritó Eva, cubriéndose el rostro—. ¡Esto es horrible y despiadado!

—¡Llévesela de aquí, doctor! —dijo el coronel.

—Sí —habló Veke—. Vámonos. La sentencia se ha cumplido.

Hugo pudo ver, como hipnotizado, cómo en medio de un caos de luces y rayos mordientes, la figura de Umtali se desplomaba, ardiendo, y quedaba tendida en el suelo.

—Antes de retirarme a mi sueño eterno —dijo Veke solemnemente—, les explicaré cómo funcionan estas galerías de la muerte. Para ustedes, esta ciudad está llena de peligros. Descubrir todos los secretos que contiene, les costaría muchas vidas.

—Sí, me he dado cuenta.

—Vamos ahora a recibir a los otros… Todos tienen que dormir para siempre. Son inmensamente viejos… ¡Y se sienten cansados!

Eva Wulf sollozaba, abrazada a Hugo, al salir de aquel pozo de la muerte.

* * *

Antala no fue un fin, sino un principio. Nuestra humanidad no

podrá alardear de ser la única en habitar el planeta.

Primero estuvieron los «kreos»… ¿Y quién sabe si hubo alguien más antes de ellos?

Hugo van Hoorn se convirtió en el arqueólogo más famoso de la historia. Contrajo matrimonio con Eva Wulf, un año más tarde, y quiso hacerlo en un templo muy peculiar que se alzaba en una población metálica, debajo mismo del corazón de África.

Se habían practicado ya varios túneles inclinados, se habían encontrado los accesos sepultados y el aire exterior, accionado por ventiladores, penetraba en Antala purificando siglos de encierro.

Allí se casaron Hugo y Eva. Allí habrían de vivir, estudiando siempre técnicas nuevas, rodeados de una legión de científicos. Antala fue la Universidad técnica del futuro, de donde habrían de salir las bases de una nueva civilización.

Los «kreos» habían desaparecido. Sus tumbas estaban cerradas y precintadas. Una especial, situada en el centro de una serie de galerías subterráneas, albergaba el cadáver de Veke, el Guardián Eterno, que parecía dormir.

A Antala llegaron miles de estudiantes jóvenes. Allí se fraguó la conquista humanitaria del universo, basada en la ciencia y en la justicia de los «kreos», de los que aprendió la humanidad mucho más de lo que enseñaron los hombres a través de diez mil años de historia.

También surgió de Antala la unión mundial. La verdad, la razón, la justicia…

Hugo van Hoorn se negó a salir de Antala. Allí permaneció, estudiando, el resto de sus días. Se instaló en un geométrico edificio y vivió el tiempo suficiente para ver cómo, con los años, la tierra que cubría Antala fue siendo retirada y la luz del sol llegó a penetrar, radiante y poderosa, sobre la población que permaneció sepultada durante tantísimos siglos.

Hugo van Hoorn y Eva Wulf encontraron allí la felicidad.

Y todo había empezado cuando un grupo de seres «humanos» realizaron su regreso del infinito.

Aquello fue un bien para la humanidad. ¡Un gran bien!

FIN

Próximo Número:

LA LEY DE ONK

por

PETER KAPRA

Era una extraña y dura ley
que provenía de otro planeta.
Y la mujer que amaba
le estaba sometida.